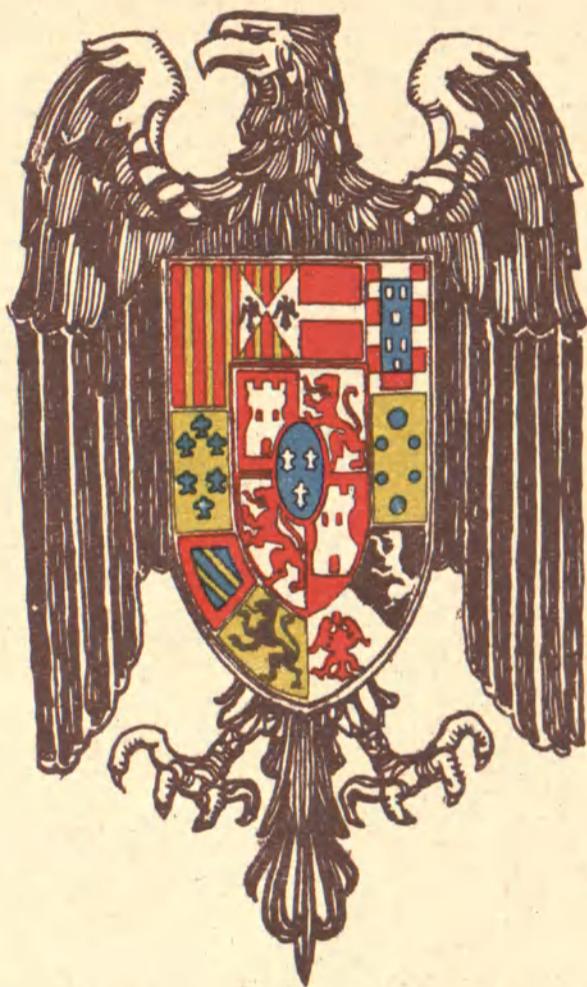


# VOLUNTAD



· NUMERO · XXI ·

MADRID · 15 · DE · SEPTIEMBRE · DE · 1920

· DIRECCION ·  
COLMELA Nº 8

PRECIO · E · NUMº  
DOS · PESETAS



# SUMARIO

- Actualidad mundial.** Crónica, por *María Sepúlveda*.
- La vendimia.** Reproducción del célebre cuadro de Goya.
- Información gráfica de actualidad:** **La muerte del Cardenal Guisasola, El día de San Luis en La Granja.**
- Notas típicas de Galicia y Asturias.** Notas gráficas de *Vidal*.
- La vida en el extranjero.** Interesantes fotografías de actualidad.
- Las mujeres asturianas.** Crónica. Ilustrada con varias fotografías.
- Portada:** **Aldeanas gallegas.** Reproducción en bicolor de un cuadro del ilustre artista Alvarez Sotomayor.
- El valor de la mujer.** Artículo de Acción Social Femenina, por el Catedrático de la Universidad Central *D. José Yanguas Messía*.
- El señor obispo.** (Antaño). Poesía, por *Rafael Vilaseca*, con un dibujo en color de *Juan José*.
- La caballería histórica.** Por *D. José Sanz y Aldaz*. Ilustraciones de *Juan José*.
- Las mujeres de los hombres célebres: La lámpara del recuerdo.** Por *Mercedes Valero de Cabal*. Información ilustrada con interesantes fotografías.
- La ciudad del Apóstol.** Información artística de Santiago de Compostela, con numerosas fotografías y un dibujo en bicolor a toda plana, original del arquitecto *Sr. Azpiazu*.
- La Cumbre Mística.** Por *Ricardo León*. Ilustraciones de *Moya del Pino*.
- La exaltación de la Santa Cruz.** Fragmento del Kempis. (Tratado II capítulo XII).
- Aromas de antaño: Una conversión ejemplar.** Por *Diego San José*, con un dibujo de *Loygorri*.
- Sor María del Olvido: Diario de una Hermana de la Misericordia.** Por *Sofía Casanova*. Ilustraciones de *Ochoa*.
- Instituciones benéficas de Asturias.** Crónica, ilustrada con varias fotografías.
- La basilica de Covadonga.** Fotografías de *Vidal*.
- Labores femeninas.** Texto y dibujos de *Isabel Pastor*.
- Por tierras gallegas: El crucero.** Por *Federico Pita*, con un dibujo de *Valera de Seijas*.
- Santiago monumental: La Plaza de las Platerías.** Apunte en bicolor a toda plana, original del arquitecto *Sr. Azpiazu*.
- El ama de casa.** Consejos útiles para la hora del te.
- Correo de VOLUNTAD.**

AÑO II **VOLVNTAD** NÚM. 21

MADRID, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1920



La Vendimia.—Cuadro de Goya existente en el Museo del Prado

Fot. Lacoste.



ENTRE LAS HOJAS VERDES Y POMPOSAS APARECE EL RACIMO DE UVAS. ES LA FRUTA más bella de cuantas da Naturaleza. Perlas jugosas que se juntan para formar un joyel. Si el sol las ilumina se transparente la piel delicada y se ven correr dentro los efluvios áureos, que se dilatan y endulzan al fuego ambiente.

La vid se desarrolla en los países fríos y en los cálidos, y gradúan su fuerza alcohólica según marca el termómetro. Por el prodigio de la vinificación en una botella se contiene el vigor que anima al débil y regocija al triste.

Todo es alegre en las operaciones de la vid. Y el día de la vendimia, bien que ya apunte el Otoño con sus nubes, toda la campiña se estremece en la jocundidad. La turba de mozos y mozas que cortan los racimos y los van depositando en los cestos, entonan canciones que tienen origen en la tradición clásica. El viejo Fauno despierta del sueño en que yace y corre con sus hendidas pezuñas las laderas. Las Driadas surgen del bosque y parecen coro de amores resonante en solicitud de la dicha...

Ya está cargado el carro del que tira la pareja de bueyes, si no es la reata de mulas, que según cada zona varía el medio de tracción. Pero en todas partes, detrás de la aromosa cosecha, va la esperanza de los mortales que dispara en himnos y en danzas.

En el lagar la prensa aguarda los serones de granos para estrujarlos, y entonces corre el líquido. Todavía se emplea el antiguo sistema de pisar los racimos: hombres recios con sus pies bien aseados bailan sobre el húmedo depósito y el mosto llena los laberques y cae sobre las candioteras.

La risa de la bienandanza comienza en el vidueño, vibra en los caminos, en las sendas, penetra en las calles del pueblo, y estalla frenética en los lagares. Allí se reúnen amos y obreros en concordia familiar, como si aún no hubieran llegado los días del sindicalismo. Las emanaciones del líquido recién extraído de los racimos suaviza las relaciones humanas y endulza los contrastes de los intereses adversos. No se oye la reyerta, en que pelean los bandos y en que se muestran los odios. Lo que se escucha es la canción. Al concluir la vendeja organízase la romería a la ermita que, sobre un altozano, cobija la imagen de la Santa Virgen, amparadora de los trabajos autumnales.

# La muerte del Cardenal Guisasola



*El Eminentísimo e Ilustrísimo Cardenal-Arzbispo de Toledo, Dr. Victoriano Guisasola que ha fallecido recientemente en Madrid.—Fot. Rodríguez*



*Entierro del Cardenal Guisasola.—Traslado del cadáver a la estación del Mediodía para su conducción a Toledo*



EN LA MADRUGADA DEL JUEVES 2 DEL corriente, tuvo fatal desenlace la enfermedad que aquejaba al Eminentísimo Cardenal Primado de las Españas. La muerte del ilustre purpurado ha producido verdadero sentimiento en toda la nación. A ese dolor sincero se une cordialmente VOLUNTAD dedicando estas sentidas líneas a la memoria del egregio Príncipe de la Iglesia que acaba de fallecer.

El eminentísimo Cardenal Guisasola nació en Oviedo, el 27 de Abril de 1852, contando, por lo tanto, en la actualidad, sesenta y ocho años. Cursó Derecho y Cánones en Oviedo y recibió en Ocaña las Ordenes sagradas de manos de su tío D. Victoriano Menéndez, Obispo de Teruel, que más tarde ocupó la Silla Metropolitana de Santiago de Compostela.

Dijo su primera misa el 1.º de Enero de 1877, en la iglesia de Monserrat, de Madrid.

Hasta 1882 fué beneficiado de la Catedral de Ciudad Real, y luego canónigo doctoral en la misma Diócesis.

A la muerte de su tío fué nombrado Vicario capitular de Santiago de Compostela. En 15 de Junio de 1893 fué elegido Obispo de Osma, empezando en esta Diócesis su gloriosa carrera en el Episcopado. Ocupó, sucesivamente las Diócesis de Jaén, en 1897, y de Madrid-Alcalá, en 1901, en cuyas etapas se distinguió, no sólo en el acertado gobierno de su Diócesis, sino también como escritor notabilísimo. En todos sus actos resplandecía su clara inteligencia y siempre se manifestó su inclinación hacia el estudio de las cuestiones sociales.

En 1905 fué elevado a la dignidad de Arzobispo, y en 1906 tomaba posesión de la Archidiócesis de Valencia.

El 7 de Enero del mismo año ingresó en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, desarrollando en su discurso de ingreso el tema «El principio de autoridad, su origen, caracteres y relaciones».

En 1913 fué promovido al Arzobispado de Toledo, y en 25 de Mayo de 1914, nombrado Cardenal. Dos días más tarde se celebró la imposición de la birreta cardenalicia. Tomó posesión el 2 de Agosto y el 20 de Septiembre hizo su entrada solemne en la ciudad imperial, que supo recibir a su Prelado, tributándole una acogida entusiasta. Bien pronto sus méritos y virtudes habían de granjearle la admiración y el cariño de todos los católicos españoles.

Con un hombre del temple y de la energía del Cardenal Guisasola al frente, la Acción social había de entrar en un período de florecimiento nada extraño.

A él se deben obras de tanta importancia como la Confederación Nacional Católico-Agraria, La Acción Católica de la mujer y la Congregación militar de lunes de Toledo.

El Primado de Toledo era Cardenal del título de los Cuatro Santos Coronados, Patriarca de las Indias Occidentales. Canciller Mayor de Castilla, Capellán Mayor de S. M., Vicario Nacional de los Ejércitos nacionales de mar y tierra, Gran Canciller, Ministro principal y Caballero de la Orden de Carlos III, Gran Cruz de Isabel la Católica, Capellán de honor de la Real Maestranza de Caballería de Valencia y Gran Cruz del Mérito militar.

Descanse en paz el ilustre purpurado y reciba su atribulada familia nuestro más sincero pésame.



Toledo.—Presidencia del duelo en el entierro del Arzobispo Cardenal Guisasola.



Toledo.—Obispos que asistieron al entierro del Cardenal Guisasola

Fots. Vidal.



La Granja.—La Infanta D.<sup>a</sup> Isabel con el Gobernador Civil de Segovia y el Administrador del Real Patrimonio  
viendo correr las fuentes el día de San Luis

Fot. Vidal.

EL DÍA DE SAN LUIS EN LA GRANJA



La Granja.—Fuente de la Fama

Fot. de la Srta. Carmen Vidal.



Sada (Coruña).—Fiesta popular. Los gaiteros recorriendo las calles

## NOTAS TÍPICAS DE GALICIA Y ASTURIAS

**T**ODAS LAS REGIONES TIENEN ALGO suyo especial y único que las diferencia y distingue de las restantes. Un viajero filósofo dijo en cierta ocasión que todos los pueblos de la tierra eran iguales y que la única diferencia notable que había entre ellos era el clima. Nosotros no participamos, naturalmente, del humorismo de esa frase. Y no sólo comprendemos la variedad de cada país sino que la admiramos como un reflejo de la belleza única y verdadera que está en la obra de Dios. El paisaje, la luz y un canto popular son para un espíritu sensible la más acabada expresión de un pueblo. Su alma está en esas

tres cosas tan simples, tan naturales y tan sencillas. La jota de los *baturros* lleva en sus notas la franqueza de Aragón. Una copla andaluza es un gesto bravío que se diluye y se pierde en un espasmo de indolencia. Una canción gallega o una copla asturiana tienen siempre el vigor de una naturaleza fértil y son como el arpeggio delicado de un amor sencillo y puro. A veces suena en nuestros oídos como el eco melancólico de una nostalgia imprecisa; y siempre nos emociona como una ráfaga de poesía, lo mismo escuchándolo en una fiesta típica llena de tiernas ingenuidades, que sintiéndola en pleno campo cuando el sol traspone la montaña y vuelven los zagalillos cantándola dulcemente...



*Romería de San Juan de Anza*



*Gijón.—Playa de San Lorenzo*

Fots. Vidal.



Boulogne.—Procesión anual que se celebra en honor de Nuestra Señora de Boulogne



Boulogne —La imagen de Nuestra Señora de Boulogne al ser conducida en la procesión.—Fots. Central News.

## LA VIDA EN EL EXTRANJERO

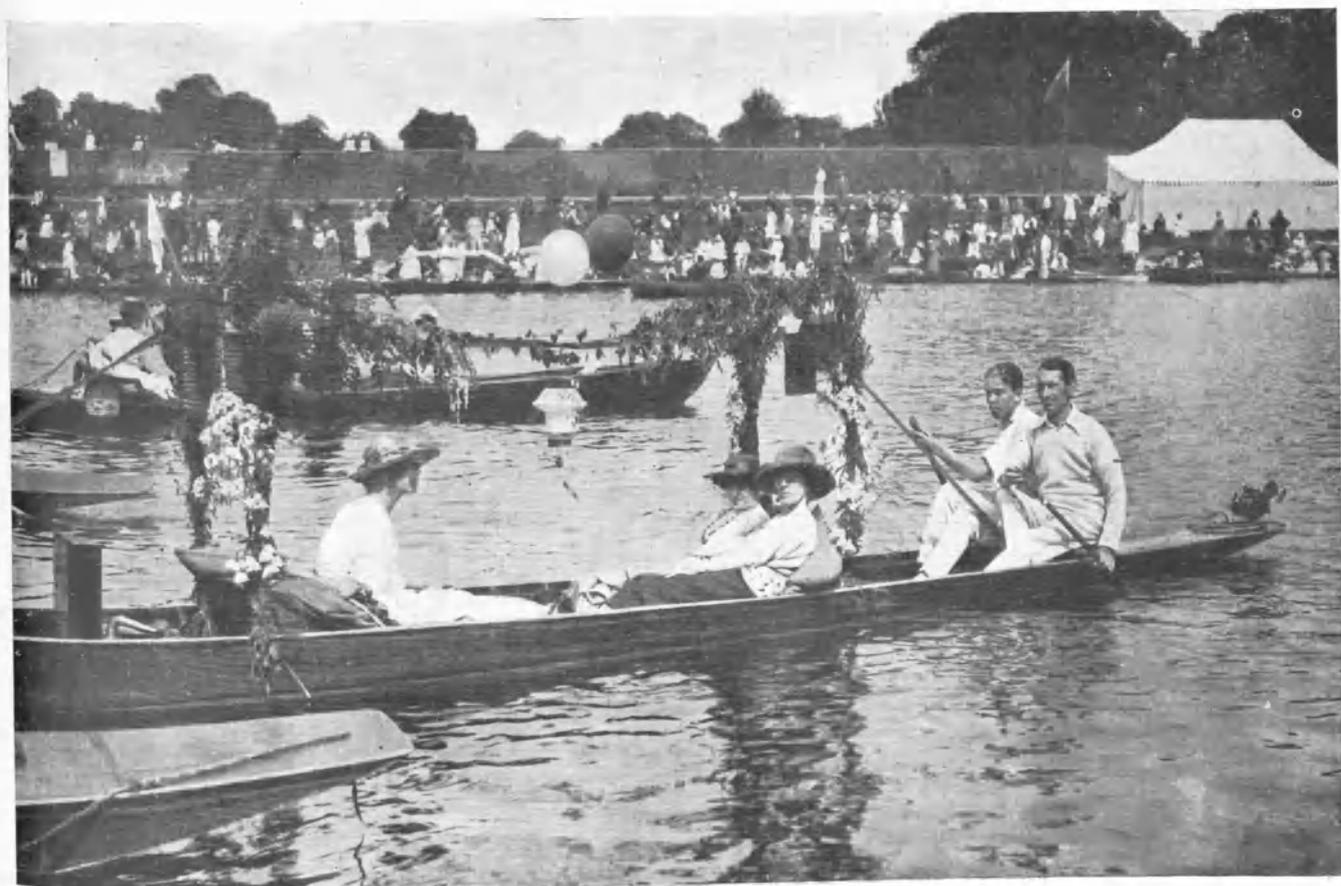
Recogemos en estas páginas varias notas interesantes de la vida fuera de nuestra patria. Recientemente se ha celebrado en Boulogne la procesión anual en honor de la Virgen, patrona de aquella localidad. Esta procesión es una de las más brillantes y pintorescas que se celebran en aquel país y este año ha superado en brillantez a todas las anteriores.

Otra nota interesante es la noble actitud de las mujeres polacas que están dando heroico ejemplo de patriotismo defendiendo su territorio contra la invasión bolcheviki.



*Mujeres polacas que se han alistado en el ejército para defender su patria de la invasión bolchevique*

(Fot. Central News).



*Las regatas de Hamton Court*

(Fot. Trampus)



Mujeres de Asturias.—Cuadro del célebre pintor Plasencia

## LAS MUJERES ASTURIANAS



OR TIERRAS DE ASTURIAS hemos pasado unos cuantos días...

¡Qué dulces y hondas emociones ha experimentado nuestra alma al contemplar las ingentes montañas, los frondosos bosques, los risueños valles, los verdes campos, las bravas costas

de aquella privilegiada región!...

¡Qué consoladoras esperanzas hemos concebido al ver su floreciente industria, sus numerosas minas, la fertilidad de su suelo!

Pero nada ha cautivado tanto nuestra atención ni ha infundido en nuestro ánimo tan halagüeñas esperanzas de días próximos de regeneración y de ventura para nuestra querida España como las mujeres de aquella tierra... Y ésto no por su belleza física: que como dice uno de sus más populares poetas

Onde quiera que nacen fies d'Eva  
háiles blanques y prietes, piquiñines,  
espigaes, gorduques y flaquines;

y en todas las regiones de España se encuentran también a cada paso mujeres modelo de elegancia y de hermosura; pero sí por el temple y la entereza de su alma; por su espíritu de desprendimiento, abnegación y sacrificio; por la visión clara de los difíciles problemas que hoy tan justamente preocupan a la sociedad: cualidades

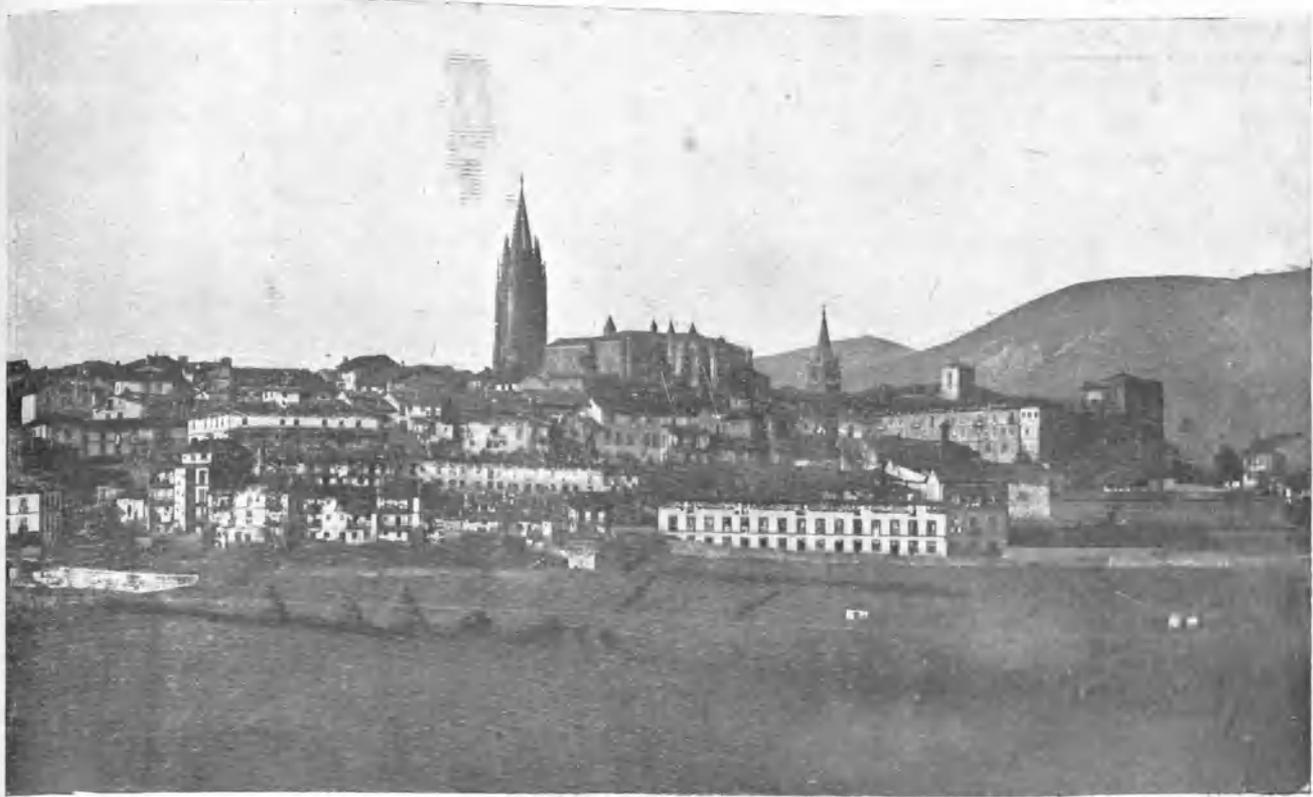
en las que de seguro no son superadas por las mujeres de ninguna otra provincia.

Innumerables son las obras de carácter religioso y benéfico que han fundado lo mismo en la capital que en las villas y aldeas más importantes; cuantiosas las sumas que generosamente invierten en ellas; digna en extremo de admiración la constancia con que un día y otro prestan su trabajo personal en el puesto que se les ha señalado, sin desmayar un instante a pesar de las contradicciones de que son objeto, ni de los sinsabores e ingraticudes con que algunos les pagan, ni del escaso y menguado fruto que en no pocas ocasiones recogen.

Intensa ha sido la propaganda que en los últimos veinticinco años ha hecho en Asturias el socialismo. Gran parte de los obreros han prestado oídos a las falaces promesas de los agitadores de profesión y se han inscrito en asociaciones revolucionarias. De ahí vino como consecuencia lógica, la corrupción de costumbres, la indiferencia religiosa y hasta la impiedad en que han caído la mayor parte de los hombres de las cuencas mineras y fabriles con evidente gravísimo daño de los individuos y de sus familias.

Mas las mujeres asturianas, lejos de entregarse a estériles lamentos, han medido la profundidad del mal; buscaron sus raíces, estudiaron la manera más eficaz de extirparlas, y con la confianza puesta en Dios lanzáronse animosas a la salvadora empresa de regenerar a la familia y a la sociedad.

La propaganda de la buena prensa, la fundación de escuelas para niños y para doncellas; las asociaciones de obreras, roperos para los pobres, instituciones de



Vista general de Oviedo

previsión y ahorro, son los medios de que se valen para conseguir el fin que se han propuesto y en los que se ejercita su admirable y pasmosa actividad.

Muchas de esas obras cuentan ya bastantes años de vida; pero desde que se fundó la *Acción Católica de la Mujer* la mayor parte de aquéllas se han puesto bajo el patronato de esta asociación, y en ella tienen el más desinteresado, valioso y decidido apoyo, y de ella reciben acertadísima dirección, como ha podido verse en la brillante Asamblea femenina celebrada en Madrid el pasado Mayo en la cual tan resonante triunfo alcanzó la distinguida Presidenta de la mencionada asociación, doña Isabel de Maqua y Carrizo, Viuda de Menéndez de Luarca, cuyo retrato hubiéramos publicado en estas columnas, como vivamente deseábamos, si no hubiera sido dado vencer



Asturiana.—Cuadro de Cecilio Pla

la profunda modestia de tan insigne, culta y activa dama.

A esa labor callada, inteligente, intensa y perseverante, hay que añadir las valientes campañas que por la moralidad están sosteniendo todas las asociadas a la *Acción Católica de la Mujer*. Un día es para atajar los funestos efectos del lujo y de las modas; otro contra la representación de obras teatrales inmorales; otra contra inmundos barracones en que se dan espectáculos de lo más abominable, repugnante y corruptor que puede concebirse; contra los *cabarets* en que tantos desdichados pierden su dignidad y su honra y malgastan su hacienda.

Que para ello hay que apelar al ruego humilde o a la protesta enérgica; que hay que valerse de la influencia personal propia o ajena; que hay que echar mano de todos los recursos que las leyes



Asturias. - Desmonte del Pinedo

conceden... ¡No importa!... Para ellas lo de menos, es el sacrificio; lo que les importa es el triunfo de la moralidad, la extirpación del vicio en todas sus manifestaciones.

Las de Oviedo y Gijón; las de Avilés y Mieres; las de Sama de Langreo, las del valle de Aller y otras cuencas mineras siempre están en la brecha... Las demás, arma al brazo, dispuestas a entrar en fuego cuando sea necesario.

Entre todas algo han conseguido ya, pero todavía les falta mucho por conseguir, que en algunas localidades es muy vasta y está muy honda la raigambre del mal: y por otra parte los que se precian de *buenos*, por indiferencia o cobardía no secundan sus campañas como debieran, y las Autoridades... por vanos temores e insensatas y criminales condescendencias no acaban de prestarles todo el apoyo a que aquéllas tienen perfectísimo derecho.

Y esto no obstante, éllas no cejan en su noble y laudable empeño, y no se acobardan ante las dificultades

y obstáculos; y si un día caen derrotadas, al siguiente se levantan para arremeter con mayores bríos aún cuando sepan de antemano que tampoco habrán de ser atendidas sus justas reclamaciones, ni corregidos los abusos que denuncian, ni tomadas en consideración las súplicas que a los patronos y a los poderosos elevan en favor del pobre y del obrero honrado y del infeliz desvalido.

¡Cómo no admirarlas por su valor y por su arrojo, por su entusiasmo y su constancia, por su viva fe y ardiente caridad!

¡Cómo no concebir esperanzas fundadísimas de que, si perseveran en su meritoria labor como hasta aquí, al cabo de unos cuantos años habrán de reconquistar para Dios y para España los corazones de tantos desgraciados hijos del pueblo a quienes sus falsos redentores les quitaron la fe religiosa y el amor a la Patria en que nacieron!

¡El Señor en cuya mano está el corazón del hombre, haga que amanezca pronto tan venturoso día!



# LAS MUJERES DE LOS HOMBRES CELEBRES



## LA LAMPARA DEL RECVERDO

Don Pedro Antonio de Alarcón



STA LLENO DE UNCIÓN Y DE emoción la historia de este despacho. Cuando se penetra en él, bórranse de repente muchos años y se vive la vida de otro siglo. Sus libros, sus sillones, sus papeles..., saben de muchas cosas admirables; en su mesa hay un velón, un casco de granada y una cruz; tres símbolos; un espíritu; la pasión por el trabajo, por la patria y por la fe. El espíritu de D. Pedro Antonio de Alarcón, que aún mora en este lugar y aún

«Ése», el culpable, el del golpe, el del grito, el de la bulla..., Petra, Paulina, Carmen, Pedro o Miguel. El culpable aparecía en el despacho con los ojos en el suelo, disimulando el sollozo, deseando disculparse, pero sin murmurar una palabra. La pluma del escritor había vuelto a correr sobre el papel con la rapidez de siempre; por encima del pupitre se levantaba la columna de humo, como si hubiera tras él, en vez de un hombre, una chimenea... Y el culpable se sentaba, el castigo que le daban de costumbre era el de tenerle quieto. Y pasaba una hora... y otra hora... El escritor, como en éxtasis, anegábase en sus nubes, en sus sueños, en sus soles... Y el culpable se cansaba de esperar y empezaba a moverse en el asiento, a bostezar, a toser...

recorre los estantes, aún se recuesta en las sillas y aún revuelve los apuntes...

En los tiempos de que hablan estas cosas, D. Pedro levantábase a las siete. Era tan madrugador, que cuando podía hacerlo a su placer — como cuando posaba en Valdemoro, levantábase a las cinco —. Y era tan trabajador, que a las cinco se encerraba en el despacho con un montón de cigarros, otro montón de cerillas y otro montón de cuartillas. Y fumaba sin cesar, mientras sin cesar también iba tejiendo historias ensoñadas... Y a veces, se abría una puerta y aparecía una mujer: una mujer hermosa y milagrosa, de ojos verdes, amorosos, cuyas manos de belleza y santidad creaban sublimidades y ponían inspiración en la frente del poeta y en su corazón quietud. Y la mujer decía con ternura:

—Pero, Pedro, ¿por qué fumas de ese modo?... ¿No ves que va a hacerte daño?... Y él le contestaba humilde:

—Tienes razón, Paulina, lo confieso... ¡Mas ya ves!... ¡No lo puedo remediar!...

Y tan no lo podía remediar, que en cuanto abandonaba el cigarrillo las historias ensoñadas parecían obscurecerse; como si la poesía y la luz de estas historias se encendieran a sus ojos en las nubes de tabaco...

Y a veces, suspendía su labor, del comedor o el salón había saltado un golpe, un alarido y aún a veces una queja... Era que los chiquillos «enredaban», y Paulina reñía con Miguel, y Pedro quitaba a Carmen los juguetes. El amaba a sus hijos con el alma, de un modo ciego y rotundo, pero deseaba en ellos las más aquilatadas perfecciones y los corregía con severidad. Suspendía su labor, daba una voz, y decía:

—¡A ver ese!...

### Carta de D. Pedro Antonio de Alarcón, dirigida a su madre el año 1872

Madrid, 8 de Octubre.

*Mi querida mamá: Dios solo sabe lo que hemos sufrido Joaquín y yo desde ayer que supimos que estaba Ud. tan mala, hasta hoy que recibimos cartas de Antónilo y Luis asegurando que está Ud. mucho mejor y que no hay cuidado por lo que nos interesa más que nuestra propia vida.*

*Cuidese Ud. mucho, mamá, y sepa Ud. que siempre estoy pensando en Ud. y en todo lo que Ud. quiere y desea en este mundo.*

*Si hubiera sido humanamente posible, ayer hubiera salido para esa; y si el correo de hoy no me hubiera tranquilizado, de todos modos habría echado a andar para Guadix, para verla, como la verá muy pronto, pues yo no puedo seguir así, después de tanto tiempo en que no la abrazo.*

*Pero bien sabe Ud. que, aunque no nos hayamos visto, yo estoy a su lado con el alma, y sé todo lo que Ud. piensa y quiere, lo mismo que usted sabe quién soy yo y quién será siempre.*

*Cuidese Ud. mucho, le vuelvo a decir, para que yo la encuentre bien cuando vaya, aunque no estará Ud. como la dejé. Pero yo también estoy viejo; tengo la barba casi blanca, y esto me sirve de consuelo al ver tan cuidada a Ud., que tan fuerte ha sido, pues yo no quiero ser joven y que Ud. no la sea, ni quiero disfrutar de nada en el mundo mientras Ud. sufra.*

*Antónilo y Carmeníaca: Os envidio el gusto de cuidar a mamá y os agradeceré siempre la tranquilidad que me causa al verlos a su lado.*

*Quede Ud. con Dios, mamá. Me parece mentira verme hoy tan consolado. Que procure Ud. no dejar de ir a los baños. Reciba usted muchos cariños de Paulina, Joaquín y los nietos y Ud. sabe que le adora su hijo*

PEDRO

Todos los que se sentaban por haber cometido algún delito en el despacho de D. Pedro Antonio, acababan deshechos por la tos... Hasta que un golpe de tos le llamaba la atención, le obligaba a acordarse del culpable y le inclinaba a decirle:

—Pero, hombre, ¿todavía estás ahí?... ¡Anda, anda con los otros!...

\*\*\*

A las horas de comer, tornaba la mujer a este despacho. A ella no le agradaba que el esposo viviera tan esclavo de la pluma. Ambos amaban la música con verdadera pasión, y para entretenerle y complacerle, ella enseñaba a sus niños a cantar, mientras saltaban en chorro de las notas del piano blandísimas armonías, y en las tardes del invierno chisporroteaba la leña en la chimenea. Y a veces, iba al despacho para decirle al marido:

—Ven, Pedro... verás... verás... ¡Descansa un poco!...

Y él dejaba su mundo y sus papeles, el mundo del ensueño y de la gloria, y con

solo bajar de su pupitre, entraba en el del amor, la pureza y la ternura. Y si era en el mes de Mayo, cuando los niños cantaban, el poeta se sentaba en un sillón, y allí aspiraba a la vez el perfume de las rosas y el perfume de los cantos que los niños ofrecían a la Virgen...

Después, llamaba a Paulina...

—Voy a leerte las cuartillas que escribí...

Todas las noches, invariablemente, efectuaba esta lectura. Su mujer le escuchaba silenciosa con placer y con respeto, llena del orgullo santo de que fuese su marido quien sentía y escribía aquellas cosas que tan al alma le hablaban. Y a veces preguntábase Alarcón:

—Y a ti ¿qué te parece de esta escena?... A mí no me satisface, temo que me la tachan de atrevida...

Ella le hacía indicaciones:

—Sí, esto me parece que lo es... Esto debes tacharlo o corregirlo...

Y él tachaba o corregía dócilmente...

Su vida era toda así: una armonía perpetua, una lumbre inalterable, una fusión intensa de dulzuras, de ensoñaciones, de amores... Su sensibilidad se confundía; sus gustos, sus esperanzas, sus ilusiones, sus glorias, recorrían un único camino... El le dijo una vez a su mujer:

—Voy a escribir una obra donde pondré dolores de mi espíritu. La titularé «El escándalo»; a todos los personajes que han de intervenir en ella, los conocemos los dos... Y habrá en ella una Gabriela que será tan hermosa como tú, tan piadosa como tú y tan santa como tú... Sólo por este detalle, será para mí este libro el predilecto...

Y lo fué para él y para ella; y ella hablóle a sus hijos de este libro, nacido de una amargura, con amor y fervor tan entusiasta, que es también el predilecto de sus hijos. Y ellos quieren y admiran a «Gabriela» como quieren y admiran a su madre...

A las horas de comer, tornaba la mujer a este despacho, dos veces, cuatro, hasta seis...

—¡Pero, hombre, que la sopa se te enfriará...

El alzaba la cabeza, sonreía con agrado, y decía así:

—Voy... voy... ¡Pero espérame otro poco... Si vieras qué distraído estoy con mis personajes!...

Era «un mercader de nubes».

\*\*\*

Y a este mercader de nubes, al fin de muchos años de trabajo le sujetó a un sillón la enfermedad; la hemiplejía le atacó, e inmovilizó una parte de sus miembros. Para poderse mover tenía que apoyarse en su mujer y sostenerse en sus hijos. E iba arrastrando los pies con tarda y dolorosa lentitud, del despacho al comedor, de la cama al comedor... Y entonces dejó la pluma. La crítica dijo de él que renunciaba a escribir porque le molestaban sus ataques, pero eran los ataques de su mal los que paraban su mano, mientras continuaba su cerebro enhilando las ideas y ensoñando las historias... Cuando el mal le dominó, acababa de llenar una cuartilla con el plan de otro volumen; lo pensaba titular «Los parentescos», y enumerar de este modo los capítulos:

—Los abuelos...

—Los padres...

—La esposa...

—Los hijos...

—Los nietos...

—Los cuñados...

Y debajo del plan puso dos líneas: «He esperado a ser padre para escribir esta obra, pero ya no puedo esperar a ser abuelo...»

No pudo; no la escribió; iba a volcar en ella su sentir, su vivir y su soñar; todas sus adoraciones, sus recuerdos y sus ansias; lo que llevaba más hondo dentro del corazón y del espíritu... No pudo; no la escribió... Y clavado en el sillón del comedor, al pie de la chimenea, se ocupaba en buscar las memorias que pensaba desgranar en esta obra. A su lado se sentaba su mujer, y le leía libros y periódicos... Y él entraba a su lado en sus recuerdos y evocaba las ternezas de su idilio...

Entonces su mujer era una niña; él la llevaba doce años. Cuando él iba a su casa por la noche a distraer las veladas y preguntaba por ella, siempre le contestaban de igual modo...

—Quién ¿Paulina? Está durmiendo...

Aún no llegara el amor. Pero pasaron los días y la niña fué haciéndose mujer; y le gustaba la música, y los versos la encantaban. Todas sus ambiciones de aquel tiempo, quedaban plenamente satisfechas con un poco de belleza en una poesía, una canción, una sonata, un nocturno... Y Pedro Antonio le hablaba de estas cosas con sincera exaltación, porque llevaba en el alma un abejar de armonías. Y su charla era fácil y vibrante, deleitosa y ocurrente, plena de amenidad y rica de impetu...

Así comenzó el idilio, sin que lo vieran llegar con timidez y suavidad mimosa, a besarles los sueños y los ojos. Pero en el balneario de Almuñecar lo encontraron al cabo frente a frente; también hablaban de músicas; de la del campo, lleno de rumores; de la del espacio, cruzado de pajarrillos; de las del alma, henchida de ternezas... Y entonces fué cuando dijo Pedro Antonio:

—¡Cuánto te quiero, Paulina!...

Ella clavó los ojos en el suelo, púsose roja, calló... Así comenzó el idilio...

Y a poco, una Nochebuena, se inclinaron los dos ante un altar y la bendición de Dios confundió su porvenir. Para el poeta, luchador perpetuo, su mujer fué desde entonces «la mujer» esfuerzo que le alentaba, solicitud que le cuidaba, admiración que le envolvía, amor que en su ilusión sembraba luces, misericordia que en sus dolores ponía bálsamos... Y él pensaba decir lo que era ella en este libro de «Los parentescos», y no pudo...

El dolor más terrible de su vida le hizo esclavo de un sillón, al pie de una chimenea... Por las noches no dormía, y a su lado velaba su mujer, hablándole de esperanzas... Las primeras tibiedades del crepúsculo le animaban a vestirse, y tenía que vestirle su mujer. E iban los dos lentamente, cruzando el comedor cono dos sombras, en busca de los sillones. En la chimenea chisporretaban algunas brasas en las albas de invierno... En las albas de estío, cantaba en una jaula un ruiseñor... Y también con lentitud, como si se arrastrase por el cielo, llegaba la claridad, e íbase colocando poco a poco sobre la alfombra, los muebles las paredes, las personas... Sobre aquellas dos personas unidas en el amor, fundidas en el dolor, ansiosas de perpetuas claridades, que hablaban mucho de todo, porque ninguna de las dos quería llorar...

### Carta de D. Pedro Antonio de Alarcón, dirigida a su amigo D. Zacarías F. Casaval

Madrid, 6 de Abril de 1871.

*Mi querido amigo: Desde que empecé a leer tu primera carta, adviné todo tu infortunio, tal y como me lo referías, y sentí frío en lo profundo del alma, como si me arrancaran de allí a mi mujer y a mis niñas. Comprendo toda la intensidad de tu dolor, calculando lo que yo padecí al perder un hijo y lo que me consoló el que me quedase mi primera hija, y, sobre todo, el que me quedase su madre. Tú lo has tenido todo, y no te queda nada... ni la esperanza, que para mí se ha convertido luego en una nueva vida. Me da miedo tu situación, no por ti, sino por mí. Tú has naufragado; tú lo has perdido todo; pero has llegado envuelto en las olas de la desventura a la eterna playa del consuelo, a esa isla desierta de la desesperación cristiana, cuyos horizontes son la otra vida, la esperanza en Dios, el desengaño de la existencia terrena. Ahí ya nada puedes temer; yo en cambio estoy condenado a vivir temiendo todo.*

*No reces que ofenda la grandeza de tu situación intentando consolarte. No: no hay en las palabras de los hombres consuelo para ti. Ni debes buscarlo: ni yo te deseo que olvides a tus penas... y por eso no he vacilado en atormentar tus heridas hablándote de los bienes que perdiste... Por el contrario: te aconsejo que vivas de tu dolor y para tu dolor, y permíteme que te moleste un momento explicándote cómo entiendo yo esta manera de vivir.*

*En primer lugar procura que no se extinga tu pena y para ello procura no extinguirte tú: conviértela de enfermedad aguda que pudiera matarte, en enfermedad crónica que te deje vivir. No te des prisa a cumplirla: déjala que corra mansamente para que siempre sea la misma y no te agas nunca en el sombrero de no tener ya lágrimas que ofrecer a Dios y a los seres queridos que te aguardan y que no se impacientarán aunque tardes en ir a ellos lo poco que dura una vida mortal. En segundo lugar, considera que la más noble y digna forma del dolor es el heroísmo, base de toda santidad. El dolor que se concentra en la inacción, en la inutilidad, en el retraimiento, no es tan agradable a los ojos de Dios como el que milita, como el que batalla, como el que se traduce en buenas obras y en grandes ejemplos para el resto de la humanidad. Un hombre del talento y de las facultades que debes al cielo no se pertenece a sí mismo, y mucho menos cuando Dios lo llama a su servicio despojándolo de todo lo que constituía su existencia individual, el dulce egoísmo de su vida. Ese hombre debe escribir, debe hablar, debe luchar; debe ser predicador, soldado, poeta, redentor de cautivos, legislador, misionero, magistrado, algo activo, algo eficaz, algo que signifique caridad, que cueste trabajo, que produzca beneficios para el prójimo, que pueda llamarse heroísmo, que llegue a equivaler al martirio...*

*La religión cristiana no tiene otro fundamento. Jesucristo militó y murió por los hombres, en lugar de llorar y rezar y angustiarle estérilmente en una cueva del desierto.*

*Te exhorto, pues, y perdóname a mi fogosa buena intención esta desautorizada ingerencia en las cosas de tu alma, a que cargues con la cruz de tu desdicha y atraveses toda la calle de la amargura de la vida humana. Trabaja y llora y rezar. Vivir y padecer por los que murieron. Hacer bien a tus semejantes, por extraños que te parezcan, será buscar a tu mujer y tu hijo, será conquistar un puesto a tu lado. Llorar a solas sería desertar, sería huir de la batalla, sería renunciar al dulce premio que ambicionas.*

*No me contestes a esta carta con palabras. Contéstame algún día con obras. Sólo te ruego que la guardes y que la leas de tiempo en tiempo. Y cuando llegue el día, que no tardará, en que te sientas decidido a hacer lo que te aconsejo, a rengancharte en la vida de cualquier manera que sea, contéstame entonces a esta carta con otra en que me digas si me necesitas.*

*Entre tanto todo está dicho entre nosotros y yo respetaré tu silencio bidicando a Dios por tu pronta convalecencia.*

*Adiós, y recibe muchos abrazos de tu amigo*

PEDRO

primeras tibiedades del crepúsculo le animaban a vestirse, y tenía que vestirle su mujer. E iban los dos lentamente, cruzando el comedor cono dos sombras, en busca de los sillones. En la chimenea chisporretaban algunas brasas en las albas de invierno... En las albas de estío, cantaba en una jaula un ruiseñor... Y también con lentitud, como si se arrastrase por el cielo, llegaba la claridad, e íbase colocando poco a poco sobre la alfombra, los muebles las paredes, las personas... Sobre aquellas dos personas unidas en el amor, fundidas en el dolor, ansiosas de perpetuas claridades, que hablaban mucho de todo, porque ninguna de las dos quería llorar...



Doña Joaquina Ariza de Alarcón, madre del insigne novelista Don Pedro Antonio de Alarcón

Y al fin, perdieron la voz del ruiñeñor y el poeta, los dos pobres pajaritos de la casa. Y el poeta empezó a languidecer... El mal le iba matando suavemente. Y una vez su mujer y sus hijitos hicieron una novena todos agrupados en el comedor junto a su padre. Y una mañana, cuando la acabaron, todos se arrojaron junto a él, y todos comulgaron junto a él... El pidió con la cabeza que se acercara Dios Nuestro Señor, y el sacerdote levantó del copón la última hostia...

La esposa empezó a rezar... Los niños comenzaron a llorar, con un llanto opresor y silencioso. Y él, quieto en su sillón y como en éxtasis, levantó suavemente la cabeza y acogió a Dios en su boca. Así comenzó a morir... Y cuando ya sus ojos se cerraban para no volver a abrirse, de la jaula del ruiñeñor se escapó un trino; un trino largo, sutil, cargado de dulzuras y blanduras, lleno de melancólico deleite... Y el poeta hizo un esfuerzo, quiso mirar a la jaula, y rompió dos palabras que decían:

—¡El ruiñeñor!...

Los dos pobres pajaritos de la casa no volvieron a hablar juntos... La mujer y los niños del poeta postráronse de rodillas, y dieron libertad a los sollozos. Y así lo perdió todo la mujer: el amor, la alegría, la esperanza... Y así terminó el idilio.

\*\*\*

Pero no perdió el recuerdo la mujer de Pedro Antonio de Alarcón: en él vive, por él vive. El despacho del poeta es como

un templo, en el sillón del comedor en que le tuvo cinco años la enfermedad, asiste ella al desfile de sus horas. En todos los rincones de la casa, la lámpara del recuerdo tiene encendida la luz...

En el recuerdo vive y por él vive D.<sup>a</sup> Paulina Contreras, esta santa y admirable viejecita de manos de marfil y de ojos de esmeralda. Sobre la mesa en que escribió el marido, aún está el papel secante que él apretó sobre las últimas cuartillas, los dos últimos cabos de vela que él encendió, el cenicero en que él ponía los cigarrillos... Los libros de los estantes son sus libros; las

Carta de D. Zacarías F. Casaval, dirigida a D. Pedro Antonio de Alarcón

Sr. D. Pedro Antonio de Alarcón.

Mi buen amigo: No podré escribir en algún tiempo, ¿pero cómo dejar hoy de contestar a tu carta? Está escrita por el santo espíritu que lucha en tu alma, como en todas, y que cuando vence derrama sobre nuestra conciencia inefables consuelos. Esa carta es esencialmente buena, porque al cabo tú la escribes en medio de la felicidad, de toda la felicidad que este mundo puede dar. La mía tiene la santidad que presta el infortunio. He perdido a mi hijo único, y más tarde, después de una triste y larga enfermedad, soportada por ella con resignación cristiana, a mi santa mujer, porque ha muerto verdaderamente como una santa; por manera que son dos almas las que tengo con Dios, después de haberme acompañado a mí, que tan poco las merecía, el tiempo necesario; aunque breve, fugaz, para convertirles mi espíritu. Así es que lo que pienso hacer de aquí en adelante es buscarlas, y la esperanza que me alienta es hallarlas. Dios, que tanto nos quiere, me solicitó con todo género de dones y prosperidades, y no le of; y entonces, siempre misericordioso, me solicitó con la desgracia. ¡Qué Padre tan bondadoso!

A ti te escribo manifestándote de este modo mi corazón, porque crees, y tienes mujer, hijos, familia con quien bendecir a Aquél que puede quitarte lo mismo que te dió; y no tengo inconveniente, por lo tanto, en confesarte que, en estos grandes dolores que me oprimen y destrozan, sólo encuentro alivio en la religión de nuestros padres. Mi dolor sólo se detiene y se temple en la eternidad, donde ya está lo que más amaba en el mundo. Dios, que tan temprano llanó a sí lo que se había destinado, se apiadará de mí, de mis errores, de mis faltas, de mis iniquidades, de mis penas que sinceramente le ofrezco. Porque tal es el estado de mi espíritu te escribo en el santo día que es hoy, pues sé que mis letras te harán bien, te harán mejor que lo que ya eres, y sobre todo te harán humilde en la felicidad, y esta es la mejor manera de prevenir la desgracia.

Tu carta ya no existe más que en mi corazón, por lo que tiene de buena. Alégrate de haberla escrito con tu pobre amigo

ZACARIAS CASAVAL

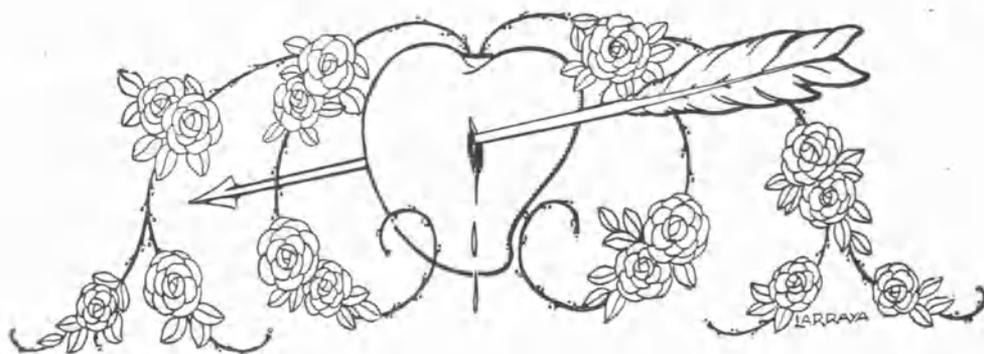
7 de Abril 71. --Burgos.

armas de la panoplia son sus armas... Allí no se ha movido un solo mueble ni se tocó un solo objeto. Y este es «el Paraíso» de esta viejecita, que a cada paso entra en él, para recrearse en él, para tender los ojos por sus cosas, para conversar con ellas... Que a cada paso entra en él, como si la alentara la esperanza de oír de nuevo esta súplica:

—¡Paulina, ven acá!... Oye un momento, que te voy a leer este capítulo...

Nadie ha tocado el despacho; solo falta el cantar del ruiñeñor...

MERCEDES VALERO DE CABAL





Santiago.—Catedral: Fachada del Obradoiro

# LA CIUDAD DEL APOSTOL



UENTA LA TRADICIÓN QUE A PRINCIPIOS del siglo IX, siendo Obispo de Iria Flavia Teodomiro, un ermitaño llamado Pelagio o Pelayo dijo haber visto resplandores extraños en cierto lugar inmediato a San Fiz y al pie del monte llamado Libredón. Allá fué el obispo con gran séquito de gentes, y guiado por una estrella halló, el día 25 de Julio del año 812 (algunos historiadores dicen que fué el

815), una cueva donde yacían los restos del Apóstol Santiago y sus discípulos Atanasio y Teodoro.

Teodomiro participó el hallazgo al rey Alfonso II y éste mandó levantar en aquel sitio una iglesia, donándole los terrenos inmediatos que pronto se convirtieron en Santiago de Compostela. Este nombre procede, según unos, de *Campus Stellae*, por la estrella que guió a Teodomiro; según otros, de *Campus Apostoli* o Campo del Apóstol. En tiempo de Alfonso el Magno desapareció la primitiva y modesta iglesia y se construyó otra, cuya consagración se solemnizó con un concilio en el año 876, al que asistieron catorce prelados. El obispo Sisnando I, protegido por Alfonso III, estableció el primer asilo y hospital compostelano, y sus sucesores fueron enriqueciendo el santuario. Los soldados de Almanzor, hacia el año 999, destruyeron el

templo, y también los normandos causaron grandes destrozos en la ciudad del Apóstol. Pronto se reedificó el templo con donativos y limosnas de toda la cristiandad. En el siglo X también empiezan las luchas entre los obispos y los grandes magnates gallegos, luchas que llegaban a su apogeo en los días del famoso D. Diego Gelmírez y de D.<sup>a</sup> Urraca. A los esfuerzos de Gelmírez se debió la terminación del nuevo templo. Reinando Fernando II de León se construyó el monumental Pórtico de la Gloria, cuando era obispo D. Pedro Muñiz, llamado *el Nigromante*, uno de los hombres más sabios de su tiempo.

En 1154 Santiago fué visitada por los Reyes de Francia, pues ya eran innumerables los peregrinos que de toda Europa acudían a rendir adoración al patrón de España. Tantos eran los peregrinos jacobitas que de Francia venían, que al camino por donde llegaban a Santiago se le dió el nombre de *camino francés*. En este mismo siglo XII se fundó la Orden militar de Santiago, y Fernando II dió en señorío a la mitra la villa de Ciudad Rodrigo y la mitad de La Coruña, con el portazgo de su puerto. Alfonso XI visitó la ciudad y en ella se armó caballero en 1352. En 1335 estuvo también en Santiago Juan, arzobispo de Reims; y en 1366 presenció allí Don Pedro I de Castilla la muerte del arzobispo Don Suero de Toledo y del Deán D. Pedro Alvarez, asesinados en la puerta de la Iglesia por Pérez Churruchao y Gómez Gallinato. En este y anteriores siglos, desde los días de D. Diego Gelmírez, hubo en Santiago frecuentemente motines y revoluciones, ocasionadas por los esfuerzos



Capitel del Pórtico de la Gloria

tal, y sobre él se levanta la admirable obra del arquitecto D. Fernando de Casas y Novoa, o sea la fachada llamada del *Obradoiro*, principiada en el año 1738.

Completan el buen efecto la línea del frontis del Palacio Arzobispal a su costado derecho y a la izquierda el lienzo del

Catedral: Estatua de Santiago, con la reliquia del diente



Pórtico de la Gloria: Detalle de un capitel

que hacían sus habitantes para alcanzar las libertades comunales. En los primeros días del año 1370 entró en Santiago el Rey de Portugal Don Fernando I. que se retiró al saber que acudía contra él Enrique *el Fratricida*; aún D. Fernando de Castro trató de sostener el partido de las hijas de D. Pedro y entró en Santiago y se señoreó de Galicia; pero vencido, abandonó su patria para siempre. Años después el Duque de Lancaster vino sobre Santiago, que le dió entrada, y allí estableció su corte la hija de D. Pedro, y allí se efectuó el enlace de Felipa, hija de aquélla, con el monarca lusitano. Desde 1461 en adelante los sucesos más transcendentales fueron los graves trastornos ocurridos con motivo de la entrada del arzobispo Don Alfonso de Fonseca y los motivados por la conducta del arzobispo D. Rodrigo de Luna, contra el cual se alzaron en armas varios señores de Galicia. Famosas fueron también las Cortes que allí se celebraron en Marzo y Abril del año 1520 y que vinieron a ser causa ocasional del alzamiento de las Comunidades. En el escudo de Armas de Santiago figuran, en escudo partido y campo azul, la Sagrada Hostia sobre un cáliz rodeado de siete cruces de oro que representaban las siete provincias de Galicia, de la que era capital, y una estrella de oro sobre un sepulcro de mármol blanco, aludiendo al descubrimiento del cuerpo del Apóstol. Describir en esta información la catedral o basílica compostelana es verdaderamente imposible. Lo intentaremos hacer en grandes síntesis para dar idea a nuestros lectores de la grandeza de tan rico y famoso monumento que comprende con su claustro, Palacio Arzobispal y todas sus dependencias, un área de ocho mil trescientos metros. Su catedral subterránea, en la que se celebran oficios dos o tres veces al año y cuyo portón está cubierto con una elegante escalinata, forma un pedes-



claustro que contiene la sala Capitular y el tesoro, el cual forma ángulo con la fachada de la Platería. Esta es notable por su preciosa Concha, tan celebrada por todos los artistas del mundo. La portada del lado derecho del frontispicio está guarnecida de caprichosas estatuas y relieves, restos de la primitiva catedral. Subiendo las escaleras de la Platería, y volviendo a la derecha, se encuentra la fachada del Reloj y Puerta Santa, que es un baturrillo arquitectónico sobre el que se eleva a más de 80 metros la inmensa torre del Reloj, cuya campana se oye a diez o doce kilómetros de distancia; la edificó D. Rodrigo del Padrón, llamándola de la Trinidad, y la concluyó Berenguer, quien también construyó la piramidal de adorno que se eleva sobre el Tesoro y que por ello es conocida con el nombre de Berenguela. Ante la reverenciada Puerta Santa, que abre solo la mano del Prelado en los años de jubileo, hay un reducido patio con sepulcros cerrados por una verja exterior de hierro al descubierto. Su portada sostiene los nichos de 24 santos colocados simétricamente en los intercolumnios. Sobre el cornisamento de esta puerta cuadrilonga, flanqueada por seis columnas de relieve, hay tres arcos calados que sirven de camarines; el céntrico y mayor a la efigie de Santiago y los laterales a sus dos discípulos San Atanasio y San Teodoro, vestidos con traje de peregrinos. Guarnece a esta fachada irregular una balaustrada erizada de pirámides y remates a la que se sobreponen otras dos en forma de castillo. La corona la magnífica cúpula comenzada en 1384 y concluida en tiempo del Prelado Mendoza. De esta portada arranca la anchurosa escalinata de la Quintana, subida la cual, y marchando a la izquierda por los oficios de la Curia, se encuentra la fachada de la Azabachería que dirigió el arquitecto Montenegro a principios del siglo pasado. El interior de la



*San Pedro (detalle del Pórtico de la Gloria)*

Catedral tiene la figura de cruz latina con tres naves rodeadas de 25 capillas. Las naves del crucero poseen además un segundo cuerpo románico formando majestuosa galería sostenida por columnas. En el mismo crucero se levanta una cúpula ojival en donde están los pescantes que sostienen el gran incensario o *botafumeiro*, que en las principales festividades recorre con su maciza mole de plata los dos extremos de las naves laterales describiendo un arco de más de 80 metros. La capilla mayor o santuario ocupa la cabecera del templo y en torno suyo se levantan las capillas absidales, unas que son todavía las primitivas y otras construidas más tarde; se alza sobre la subterránea, ocupada por los sepul-

ros de Santiago y sus discípulos; ciérrala una galería semicircular, de cristales, con columnas salomónicas sobre basamento de jaspe. El Altar Mayor es de orden churrigüesco, compuesto de un magnífico Tabernáculo, también de jaspes, mármoles y plata, sosteniendo la efigie del titular con riquísima esclavina de oro, plata y piedras preciosas. Cubre el Tabernáculo una colosal pirámide sostenida por cuatro angelotes, coronada a su vez por una gran estatua ecuestre del Apóstol adorada por otras estatuas de Reyes. Detrás del altar hay un pequeño camarín por donde pasan los devotos a abrazar por la espalda a Santiago. Allí arde constantemente una lámpara de plata, donada por el Gran Capitán. Son notabilísimos y muy valiosos los púlpitos construidos en el año 1563. Había en la capilla Mayor lámparas de plata de gran valor artístico que desaparecieron durante la guerra de la Independencia. El coro es extenso y rico, aunque oscuro porque recibe muy poca luz; ocupa las cuatro bóvedas de la nave principal más próximas al crucero. Su sillería, terminada a principios del siglo XVII, es de dos órdenes de asientos, de estilo grecorromano y recubierta de talla y escultura. En la intersección del crucero se levanta la atrevida cúpula trazada en 1394; es octágona, formada por tímpanos, en los cuales se abren rasgadas ventanas.



*Busto-Reliquia de Santiago existente en la Catedral*



*Capiteles románicos ael Pórtico de la Gloria*

Al pie de la nave, frente a la puerta que corresponde a la fachada del Obradoiro, álzase el famosísimo Pórtico de la Gloria, la maravilla de esta Basílica, prodigiosa escultura debida al maestro Matheo, y una de las grandes glorias del arte cristiano.

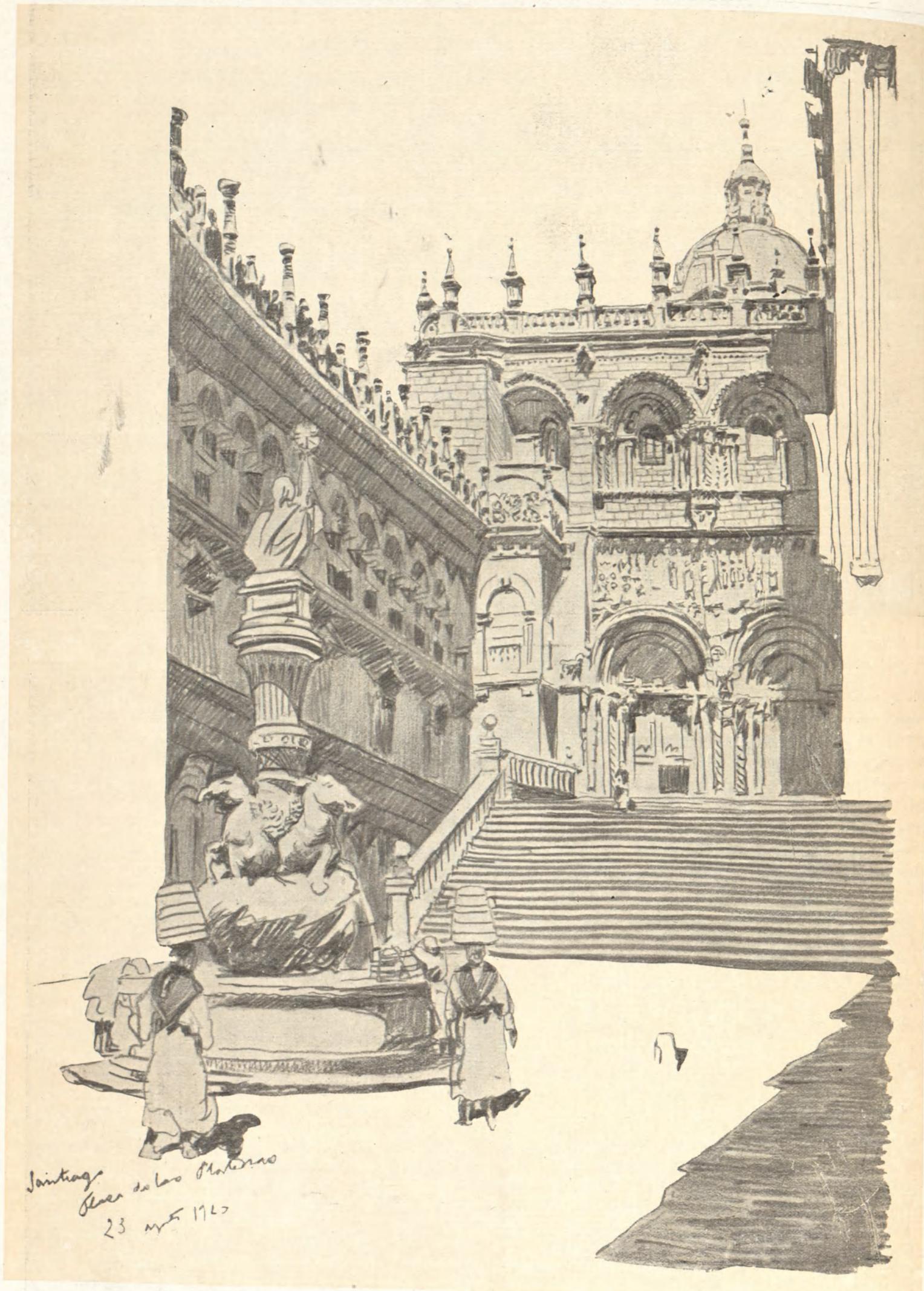
Es digna entrada del templo del Apóstol patrón de España; es como el vestíbulo de la Iglesia y se presenta dividida por tres arcos que corresponden a cada una de las tres naves. El central llena el gran seno de la nave superior, y está dividido en dos partes por el portaluz que sostiene el gran tímpano. Los arcos son abocinados, sus archivoltas se ven cubiertas de figuras, el del centro y el de la derecha, y de hojas el de la izquierda. Bajo la capilla mayor está, como hemos dicho, la cripta, y en ella los restos mortales de Santiago, pues la actual Iglesia se levantó sobre el mismo lugar en que estaba el lóculo o capilla donde el obispo Teodomiro halló el cuerpo del Apóstol.

\*\*\*

Esta es, a grandes rasgos, la descripción de Santiago de Compostela; los episodios históricos más salientes que tuvieron efecto en su glorioso recinto, y el arte que tan pródiga y bellamente supo derramar el Cristianismo de todas las épocas sobre la misma tumba del venerado Patrón de España..



*La Virgen y el Niño.—Bajorrelieve existente en la Catedral de Santiago*



Santiago  
Plaza de las Platerías  
23 Apr 1962

# SANTIAGO, MONUMENTAL

LA PLAZA DE LAS PLATERIAS  
Apunte al lápiz por Azpiazu



Gijón.—Grupo de huérfanas e hijas de familias desvalidas que reciben asilo y euseñanza en el Patronato de San Jose

# G I J O N

# INSTITUCIONES BENEFICAS



EL HOSPITAL DE CARIDAD de Gijón la más antigua de sus instituciones benéficas. En 1804 concibió el proyecto primero de su fundación un virtuoso y benemérito sacerdote, D. Nicolás Ramón de Sama, cura de la antiquísima parroquia de San

Pedro, única existente entonces en la villa. En unión de varios caballeros tan ilustres como piadosos, se construyó la Hermandad gijonesa de caridad, con el fin de dar asilo y personal asistencia a los enfermos desvalidos, y establecieron un primer albergue con solas doce camas, en una casita de la calle de los Moros.

Casi inmediatamente las luchas de nuestra guerra de la independencia hubieron de reclamar el concurso y el esfuerzo de todos los ciudadanos para triunfar en el glo-

rioso empeño nacional, pero apenas restablecida la vida del pueblo en sus cauces normales, renació la Hermandad, con sus tradiciones de caridad y abnegación.

En 1836, un miembro de ella e hijo esclarecido de esta villa, D. Juan Nepomuceno Cabrales, legó la mayor parte de su cuantiosa fortuna para ampliación y sostenimiento del hospital, que había de establecerse en la casa misma donde él vivió y murió «porque así lo estimo conveniente para el bien de los desvalidos y el de mi propia alma». Subsiste el hospital en el mismo lugar que ocupara la hermosa finca, en situación higiénica y ventajosa, recibiendo inmediata y directamente las saludables brisas del mar.

Siguiendo las huellas ejemplares de Cabrales y del párroco de San Pedro, no hay gijonés que en vida, o al morir no se acuerde del hospital de su pueblo. En la capilla, el salón de Juntas y los amplios corredores de la casa, retratos, lápidas y carteles llenos de nombres de



Gijón.—Antigua Parroquia de San Pedro

las más preclaras familias de Gijón, pregonan el amor de los hijos de este pueblo a la primera de sus instituciones benéficas.

Hoy se construye un pabellón con salas destinadas a hospital militar, subvencionado por el Estado, y alguna vez el Municipio envía también enfermos cuya asistencia costea; pero, salvo estos casos, particulares y excepcionales, las rentas de Cabrales y los donativos de los gijoneses, el amor y abnegación de las hermanas encargadas hoy del cuidado inmediato de los enfermos, que son las siervas de Jesús, la asistencia caritativa y gratuita de los mejores médicos de la población, y el trabajo personal y asiduo de los miembros de ambos sexos de la Hermandad y del venerable y celoso rector D. Jenaro Alvarez, son suficientes a sostener este hospital, capaz para albergar y asistir convenientemente en tiempo normal, invierno y verano, a toda la enfermería desvalida de Gijón.

Podemos recordar que hace ya cuarenta años, su disposición y medios de asistencia fueron altamente elogiados por S. M. el rey Don Alfonso XII, y ponderados por todas las personas competentes que hubieron de visitarlo, como muy superiores a la capacidad e importancia de la villa en aquella época. Hoy que la intensidad de vida industrial y el crecimiento considerable de población por una parte, y por otro los adelantos de la ciencia médica, aumentan de continuo las necesidades y exigencias en la vida de una institución de esta índole, la Hermandad, dando alto ejemplo de caridad y de ciudadanía, realiza constantes esfuerzos, ampliaciones y mejoras para mantener el hospital a la altura de sus tradiciones y de sus benéficos fines.

es Gijón, fácil es comprender que esta institución, admirablemente dispuesta y dotada por su fundador, reviste caracteres de grandísima utilidad y beneficio.

Más moderno, pero interesantísimo por su historia y por la eficacia de su acción educadora, que hacen de él la obra social más importante de Gijón, y tal vez de toda Asturias, es el Patronato de San José, fundado en 1902 con el fin de proporcionar asilo y cristiana educación a huérfanos e hijas de familias desvalidas, creando honradas e inteligentes obreras y madres de familia. Se constituyó por un caritativo impulso de doce piadosas señoras, que se comprometieron a costear, anual y personalmente, con la cantidad de mil pesetas, el sostenimiento de doce huérfanas pobres, encomendándolas a la dirección y maternales cuidados de las Hijas de San Vicente de Paul, y estableciéndolas en una casa pequeña, que alguien hubo de cederles o alquilarles.

Sin más fincas ni más rentas, hasta la fecha, la caridad va sosteniendo esta obra, y el Patronato ve ampliarse rápidamente sus medios y su campo de acción, reconociendo con gratitud en el fruto de su trabajo el patente y visible auxilio, y la bendición de la Providencia.

Hoy son doscientas huérfanas las que alberga el hermoso y admirablemente preparado edificio, debido a la generosidad de los señores Marqueses de Villaviciosa de Asturias y Condes de Mieres y de Revillagigedo, y situado en las afueras de la población, al empezar la carretera de Ceaes, a la vista de los prados y la campiña pintoresca que se extiende hasta la vecina aldea de Sonicó.

La educación cristiana de los niños pobres está igual-

Obra de otro asturiano ilustre, bienhechor de su pueblo, D. Mariano Suárez Pola, natural de la vecina villa de Luanco, donde subsiste con su nombre otra fundación admirable, existe en Gijón el asilo Pola, donde son recogidos y alimentados los niños de corta edad durante el trabajo de sus padres, quienes por la noche regresan con ellos al hogar doméstico. En un pueblo industrial por excelencia, como lo

mente atendida por una institución en extremo simpática, la escuela de Nuestra Señora de Covadonga, que tuvo, hará unos doce años, modestos principios muy semejantes a los del Patronato, fiando por completo a la Providencia el sostenimiento y el fruto de la obra. Alma de ella es una mujer de fe y de corazón, D.<sup>a</sup> Consuelo C. Jovellanos, que en unión de otras distinguidas y piadosas damas que dig-

namente la secundan, se propuso fundar una pequeña escuela sostenida por la caridad, en la que se educasen doce niños «en memoria de los doce Apóstoles».

Ardientes y activas en la propaganda, supieron despertar los sentimientos generosos de sus conciudadanos, y la escuela pudo abrirse no con doce sino con cuarenta alumnos. Después su historia es igual a la del Patronato de San José. La Providencia vela, y la escuela prospera. Al pan del alma: instrucción y prácticas religiosas, enseñanza de las materias necesarias para adquirir la indispensable cultura, se ha añadido el pan del cuerpo. De los trescientos alumnos que hoy educa esta escuela, a ciento cincuenta se reparten diariamente comidas en el contiguo comedor o cantina escolar del Niño Jesús. Las fundadoras asisten asiduamente a servir ellas mismas a los niños, y existe entre unas y otros esa corriente santa que tiene algo del amor entre madres e hijos. No es obra esta, sin embargo, que haya alcanzado su completo desarrollo. Aún no se halla establecida en local propio, pero tiene adquirido ya terreno para su construcción en proyecto, y aspira a instalarse convenientemente y a ampliar y perfeccionar sus medios de educación y protección moral y material, añadiendo obras post-escolares, talleres de aprendizaje, etc. Completando la relación de obras de educación y protección a la infancia, debemos citar la escuela de los Hermanos de la Doctrina cristiana.

Cerca de cien ancianos encuentran amor y refugio en la casa de las Hermanitas de los Pobres. Las Madres Adoratrices en la suya, realizan, como en todas partes, su obra educadora y redentora.



Gijón.—Parroquia de San Lorenzo

Como obras parroquiales, establecidas en las tres iglesias de San Pedro, San Lorenzo y San José, nombraremos principalmente las catequesis y las conferencias de San Vicente de Paul.

Las Congregaciones de Hijas de María de las casas de María Reparadora, la Asunción, Madres Ursalinas, y Colegio del Santo Angel trabajan en roperos para pobres de la población e iglesias pobres y para las Misiones de Ultramar.

Dependientes de la residencia de Damas Catequistas de Oviedo y de la alta dirección de un Padre de la Compañía de Jesús, existen en Gijón centros obreros de acción social católica, y las mismas Catequistas organizan anualmente una Misión para mujeres obreras, como preparación al cumplimiento del precepto Pascual.

Finalmente, bajo la misma dirección de un Padre de la Compañía y con la cooperación de cristianas y distinguidas damas de esta ciudad, se han fundado varios patronatos o sindicatos femeninos de sirvientes, de obreras jóvenes, y también sindicatos o mutualidades infantiles, con sus instrucciones y prácticas religiosas, clases nocturnas, socorros mutuos, etc. Sin embargo, dada la importancia del renacimiento industrial y comercial que conquista a Gijón un puesto entre las poblaciones principales de España, no ha llegado en ella a su plenitud la acción católico-social, pero recibe vigoroso y cristiano impulso, y aspira a organizarse como corresponde a lugar cuyos problemas reclaman detenido estudio y activa e intensa labor.





Covadonga. - La Basílica

LA  
BASÍLICA  
DE  
COVADONGA



COVADONGA SUENA EN nuestros oídos como una palabra mágica evocadora de uno de los hechos más gloriosos que registra la historia de nuestra Patria. Decir Covadonga, es recordar el triunfo de las huestes de Don Pelayo contra las tropas del Vali Al-Horr. Hablar de Covadonga es abrir el relicario de la Reconquista de España. Ese relicario es la Basílica de Covadonga. A mediados del siglo VIII, reinando Alfonso I, se edificó la capilla de la Cueva y un Monasterio de la Orden de San Benito, dedicándolos a Santa María de Covadonga y allí se venera una imagen de la Virgen bajo esa denominación. La primitiva construcción desapareció en parte, y poco antes de los reinados de Fernando III y Alfonso X, no quedaban de ella más

que dos arcos y dos sepulcros abaciales de arte románico. Escasas noticias hay del Santuario hasta el siglo XV. Felipe II regaló dos cálices de oro y un magnífico crucifijo que había pertenecido a San Francisco de Borja. A últimos del siglo XVI se hicieron obras en el Santuario de Covadonga.

Construyóse entonces la Iglesia de San Fernando con bóveda de crucería, coro, claustro y habitaciones superiores. En 1635 se fundó allí por orden de Felipe IV un Colegio de Canónigos regulares de San Agustín, institución que vino a sustituir a la Orden de San Benito en el cuidado del Santuario. El Abad de Covadonga tiene silla de dignidad en el coro de San Salvador, de Oviedo, desde el último concordato. Después se construyeron casas para los prebendados y hospederías para los peregrinos. Desde el tiempo de Carlos II los Reyes de España se honraron con el título



Covadonga - Solemne bendición de la corona de la Virgen



Covadonga.—S.S. MM. Los Reyes Don Alfonso y doña Victoria en la primera visita que hicieron a la Santa Cueva



Covadonga. Los Reyes presidiendo el acto de la Coronación de la Virgen

de canónigos honorarios de Covadonga. Felipe V dispuso que no fueran considerados del Mayorazgo del Príncipe de Asturias la Colegiata y los lugares del Coto de Covadonga, en los cuales solo podía ejercer jurisdicción el Abad. El templo de la Cueva, fué pasto de las llamas en 1.º de Octubre de 1777 a consecuencia de un rayo que cayó en él. Se salvaron solamente el Ara del altar, dos sepulcros y una casulla, y de entre los escombros se sacaron seis arrobas de oro y plata fundidos procedentes de objetos del culto que allí se habían acumulado en gran cantidad. A instancia del Abad Campomanes y Sierra dió licencia el Rey Carlos III para que se pidiese limosna en toda España con objeto de reedificar el templo de Covadonga. Por indicación de D. Melchor Gaspar de Jovellanos se confiaron las obras al arquitecto D. Ventura Rodríguez quien hizo los planos de un suntuoso edificio, cuyo primer cuerpo había de ocupar el panteón de Pelayo, levantando sobre éste el templo, al nivel de la Cueva, que debía formar su testero y ocultarse detrás de la gran fachada grecorromana, trazada por el sabio arquitecto. De tan colosal proyecto,

en el orden clásico, solo se ejecutó el vasto y sólido basamento destinado a recibirlo. La iglesia dedicada a San Fernando, construcción posterior al siglo XVI, sufrió grandes desperfectos en 1867 por un peñasco de los que suelen desprenderse de aquella montaña. A la salida de ese pequeño templo y en el ingreso de la famosa Cueva están embutidos en la pared los sepulcros de D. Pelayo y Alfonso I, con obras e inscripciones modernas. El Obispo de Oviedo D. Benito Sanz y Fores dispuso la construcción de una nueva catedral en el Cueto o pequeña estribación del Auseba, con arreglo a unos planos del académico Aparicio. Dichas obras continuaron durante el Episcopado de D. Ramón Martínez Vigil, pudiéndose al fin inaugurar la Basílica. Es grande el número de devotos y viajeros que acuden a Covadonga, más que nunca los días 7 y 8 de Septiembre, víspera y festividad de la Virgen. En las alturas de Prieria, cerca de Covadonga, señala la tradición al traidor D. Oppas convertido en piedra. Y una conseja popular cuenta que en las aguas del molino de la Roedoira ruje el alma desesperada de aquel traidor.

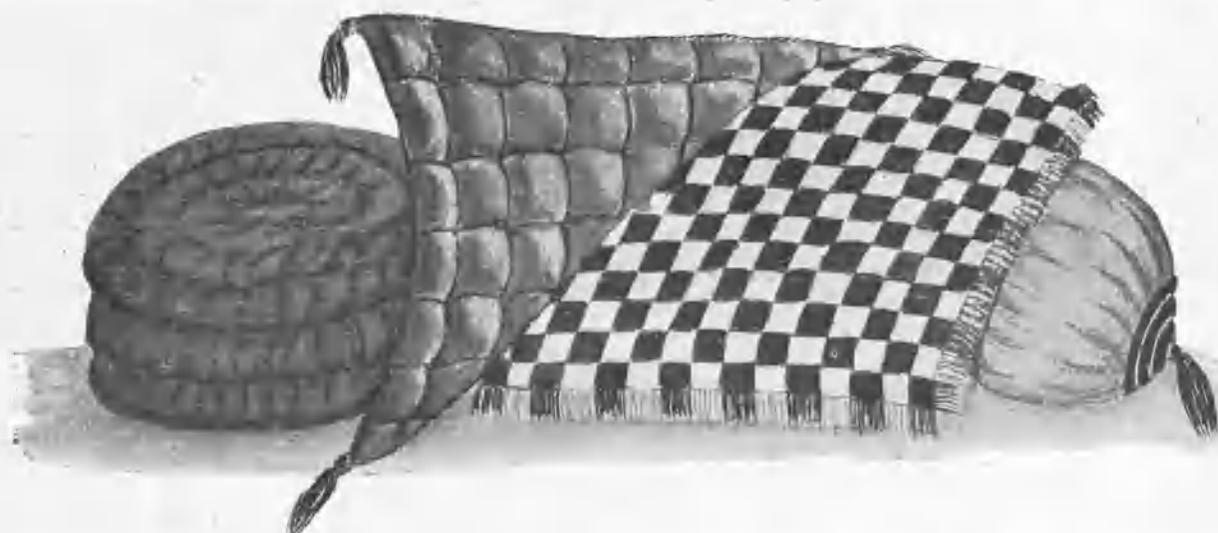


Covadonga.—S. M. El Rey plantando un árbol en el acto de la inauguración del primer Parque Nacional (Fotos Vidal)

En una peña se indica la huella del caballo de D. Pelayo, y varios lugares de aquellas inmediaciones van unidos a leyendas y tradiciones relativas a Covadonga y los primeros tiempos de la Reconquista.

De los últimos hechos memorables acaecidos en Covadonga, publicamos en esta información varias interesantes fotografías, en las que los Reyes Don Alfonso y D.<sup>a</sup> Victoria se muestran cumpliendo con sus altísimos deberes de españoles y católicos.





# LABORES FEMENINAS

## ALMOHADONES, TAPETES Y PANTALLAS



**E** AQUÍ TRES COSAS que siendo al parecer detalles insignificantes, varían por completo el aspecto de una casa por modesta que sea, y le dan ese cachet personal y confortable que vale más que el oro por ser un don innato que poseen contadas personas y no se vende ni se compra.

Son, éstos, detalles especialmente femeninos, el mejor retrato del ama de casa, sus habilidades y buen gusto; y campo vastísimo para labores por diversas que sean ya que solo dos cualidades les son comunes y necesarias: la sencillez que es el distintivo principal de la elegancia y la armonía o don de combinan con acierto los tonos y estilos.

*Almohadones.*—¿Sois primorosas? ¿gustáis de esas labores dechado de habilidad y de paciencia, o sois por el contrario, inconstantes y teniendo gusto y muchas ideas os arredra la ejecución?

Pues para unas y otras es ésta la labor indicada; pocas, tal vez ninguna, habrá que se preste más a todos los gustos ni resulte tan lucida; vosotras, las aficionadas a los bordados en blanco y a pacienzudos calados, podéis hacer grandes primores, verdaderas preciosidades; y vosotras las inconstantes, fijaros qué cortos, qué bonitos y qué pronto se hacen algunos de los que aquí os indico.

Coged una cinta de seda, bonita de color,

de unos diez centímetros de ancho, o una cretona cortada a tiras y unidas por el revés, y pasadle un cordón todo a lo largo por uno de sus lados cuidando que corra con facilidad. Dadle vueltas todo alrededor como una ensaimada tirando del cordón un poco para que haga bullones, y cuando el cordón tenga el tamaño que deseáis, dadle dos o tres vueltas sin aumentar el vuelo hasta lograr una altura proporcionada y terminarlo con otro redondel igual al primero. Hay que dejar un pedacito descosido para rellenarlo de pluma viva o de raspaduras de corcho que ahora se emplea mucho por ser más económico, y coserlo una vez bien lleno, pues la gracia principal del almohadón es que esté siempre muy tieso.

¿Tenéis algún almohadón viejo o deslucido? Pues se coje, y sin descoser nada, recubridlo todo de cinta de seda de dos a cinco dedos de ancho colocadas en dos sentidos distintos y cruzadlas como un zurcido apuntándolas solamente en los finales.

Se puede hacer por las dos caras o solamente en una; de un color solo, marrón por ejemplo, resulta finísimo, o alternando dos, blanco y negro, estilo damier, marrón y oro viejo, fresa y negro, etc. etc. Todo al rededor se pone un fleco en los tonos o se deja que asomen dos dedos de las cintas desflecándolas luego.

Muy nuevo de forma es éste. Se corta un cuadrado de tela de seda o de hilo gordo todo de un tono y de metro y medio lo menos, de largo. Se dobla en pico formando un triángulo y se cosen las dos orillas

por el revés dejando un trocito descosido: se vuelve, se rellena y se cierra; y luego con hilvanes se trazan unos cuadros que se cosen cogiendo las dos caras y apretando (estilo edredón), con una seda gorda o un cordón, de color muy distinto para que destaquen los cuadros, se ribetea o remata todo alrededor con el mismo cordón y en cada punta se le coloca una borla del color de los cordones.

En seda resulta muy bonita la combinación de la falla morada, marrón o negra con cordón y borlas oro viejo, en hilo el blanco y el amarillo con los adornos negros.

Con blanco serán siempre bonitos los de cuadros, alternados y de igual tamaño, de bordado español y aplicaciones de malla, sobre fondo blanco o paja pero nunca de colores fuertes.

Muy fino es este modelo. Consiste en dos pañuelos del tamaño de los de caballero, en nansú muy fino con jaretón ancho y vainica

doble. En el centro de uno de ellos se coloca una aplicación de encaje de Venecia que se pega con un cordoncito bordado. Entre el jaretón y la aplicación se borda a realce alguna cenefa de flores, pero muy chatas, para que recuerden los bordados japoneses y que consiste principalmente en hacerlo sin, o casi nada de relleno, luego se unen las cuatro caras de los dos pañuelos con un puntito muy fino colocando dentro un almohadón forrado de seda botón de oro y se le pone un encaje estrechito todo alrededor.

Más fácil y muy elegante, es este otro. La gracia principal de este almohadón está en la forma que es un óvalo al que salen como dos aletas en los lados; en el centro lleva unas flores japonesas bordadas en ne-

gro, muy aplastadas, y encerradas en un arete ovalado, también negro. Como remate todo alrededor unos flecos de lana muy cortos y compactos hechos en la misma tela a punto de nudo.

*Tapetes.*—Hoy día se ven muchos menos tapetes en las mesitas, pues la moda exige dejar el tablero al descubierto, o todo lo más con algún pañito bordado en negro estilo Toledo o algún cuadro de malla colocado debajo de una planta o un florero.

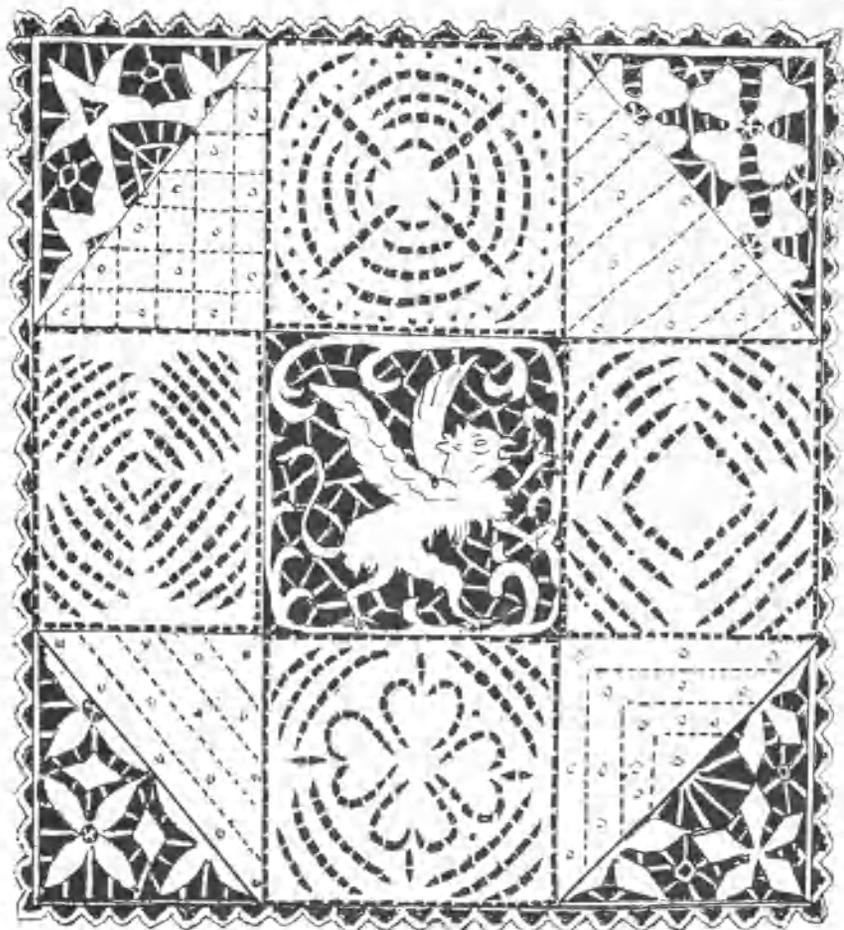
En cambio las tiras largas y estrechas de damasco o telas antiguas ribeteadas con galones y encajes de oro viejo están de última.

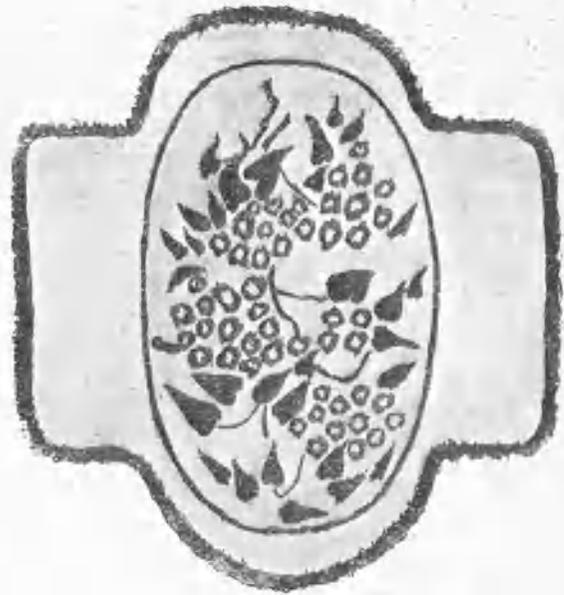
Se colocan en el centro de las mesas de modo que cuelguen una cuarta a lo largo y les falte otra de cada lado a lo ancho, colocando encima los marcos cajitas y demás objetos, y nada sobre la madera. ¡Caprichos de las modas!

Pero como para el comedor, trincheros, mesas de té, etc., nunca podrán desterrarse los tapetes o mantelillos, daremos alguna idea de ellos.

Lo primero que ha de procurarse, es que tengan mucho bordado abierto y mucha malla para que se vea la madera bastante, pues le sirve como de fondo y destaca mucho más el bordado.

Uno muy bonito es éste. En el centro lleva una aplicación cuadrada de bordado Richelieu muy claro, o de encaje de malla. Se bordan en hilo blanco cuatro cuadros de idéntico tamaño, por supuesto de bordado abierto o español, y se unen a la aplicación por sus cuatro lados. Por fin se forman unos cuadros con cuatro picos de bordado Richelieu y cuatro de malla, o de hilo con vainicas y bodoques y se colocan en las esquinas del tapete, cuadrándolo. Una vez





terminado se le pone un encaje no muy ancho todo alrededor.

*Pantallas.*—En cada mesa, en cada rincón del cuarto se ve hoy día una lámpara; las luces del centro apenas se encienden ahora, pues la moda ha decidido que es más elegante la luz discreta de las pantallas; y por esta vez, preciso es confesarlo, tiene razón la moda, pues si no más elegante, es por lo menos mucho más agradable.

De las lámparas de mesa no nos ocuparemos hoy, pues ya lo hemos hecho en varias ocasiones; dedicaremos, en cambio, un párrafo a las lámparas de pie, tan en boga ahora, a y las de comedor y dormitorio.

Las de pie, como indica su nombre, son unas lámparas muy altas que descansan en el suelo y tienen la altura de una persona poco más o menos; de forma sencilla, son de madera oscura o de bronce según el estilo de la habitación a que se destina y suelen colocarse en algún rincón o esquina detrás de un sillón, de manera que al sentarse para leer o trabajar, la luz venga por la espalda y no ofenda a los ojos. Van, naturalmente, cubiertas por una pantalla proporcionada al tamaño del pie, y, por lo tanto, grande; la forma varía según los gustos, pero una muy bonita es la de forma de paraguas, recubierta de una especie de pañuelo de una seda bonita, damasco falla o cualquiera otra, y rematado todo alrede-

dor con un fleco ancho, o un encaje de oro y cuatro borlas en los picos.

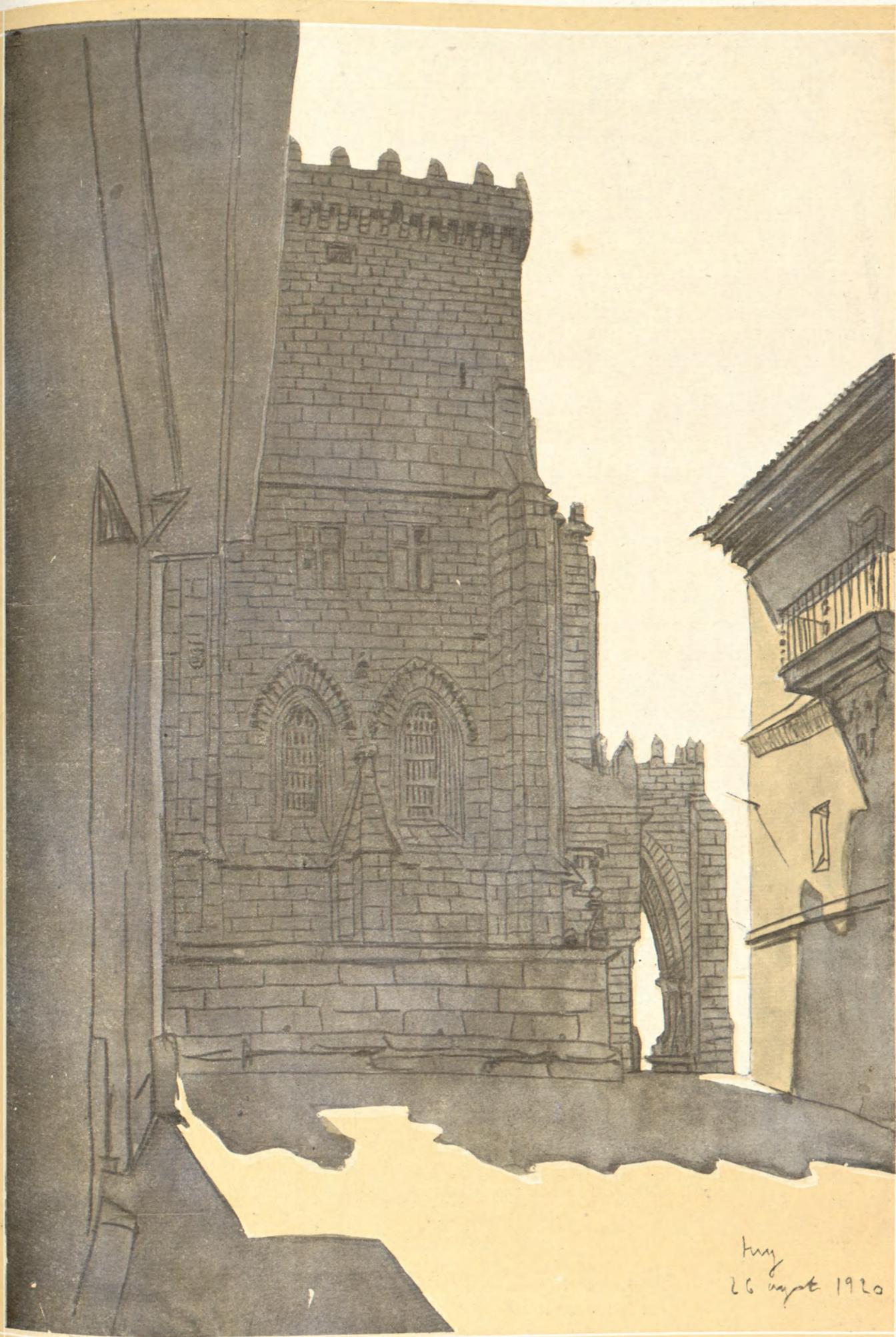
Se apunta el centro del pañuelo al de la armadura, y lo demás se deja caer de manera que sobresalgan los cuatro picos.

Las lámparas o aparatos de luz de comedor y de dormitorio son muy caros, pues el bronce, el cristal y la madera tallada, son cosas de valor, y por lo tanto, de precio; pero estos aparatos pueden reemplazarse fácilmente teniendo un poco de habilidad y buen gusto.

En el comedor se coloca una armadura de forma de tambor bastante grande y se cuelga del techo con tres cordones de oro que se juntan en uno en la mitad con un nudo. La parte baja del tambor se tapa con una sedita blanca fina muy tirante para que al sentarse no se vea la bombilla. Luego todo alrededor se coloca una seda de color oscuro, verde o morado, por ejemplo, haciendo pliegues si es fina, tirante si es damasco, y se remata en la parte alta con un galón y en la baja con un fleco bastante tupido de oro como los cordones, o de seda del tono de la pantalla.

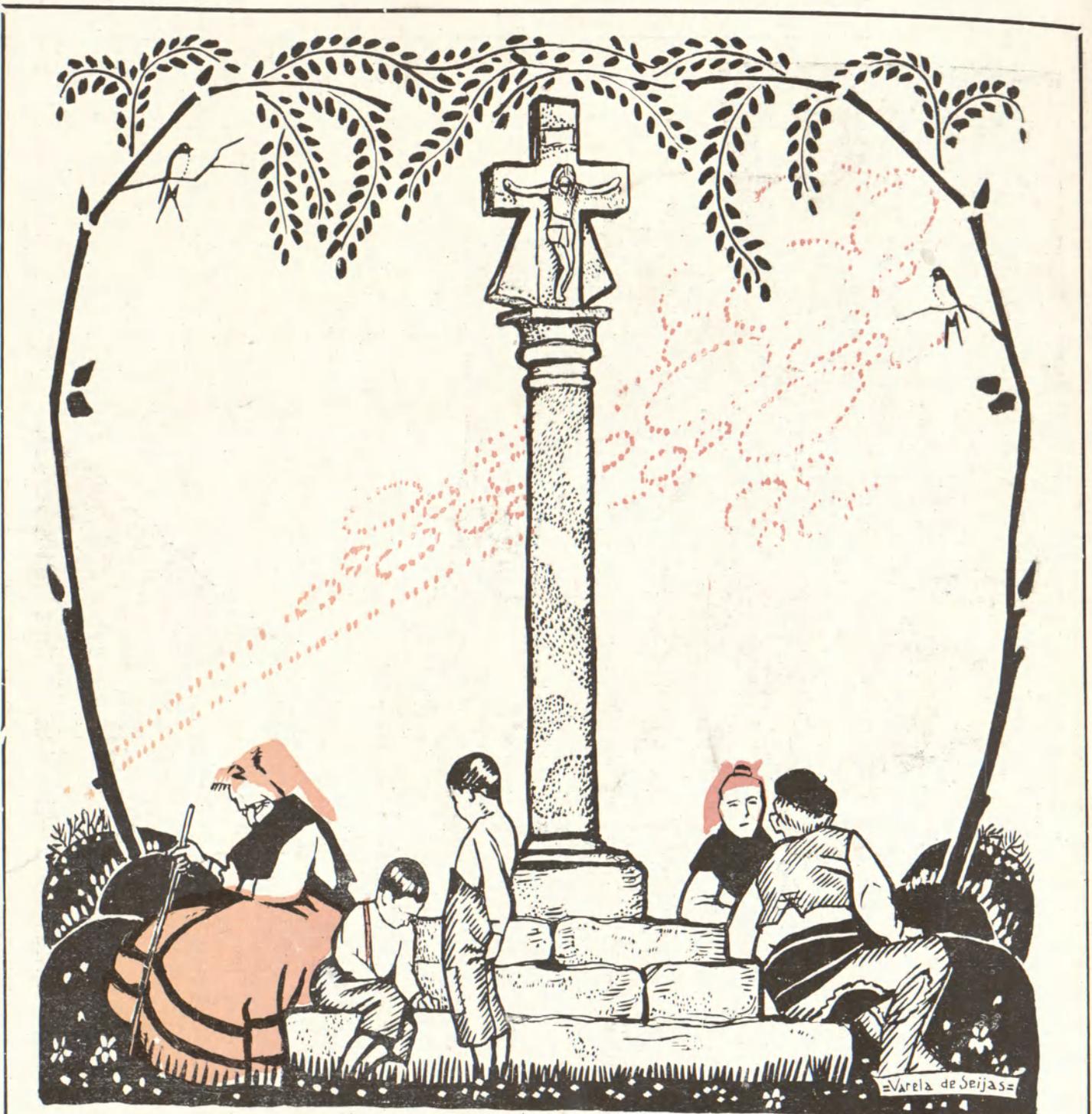
También están muy monas hechas en tonos más claros, crema por ejemplo, con una guirnalda de frutas en la parte alta y flecos y cordones también de seda.

J. PASTOR



UN PALACIO EN TUY (GALICIA)

*Dibujo de Azpiazu.*



POR TIERRAS GALLEGAS

## EL CRUCERO

**N**O ES SOLO EMBLEMA DE FE, QUE recuerda santidad y en más de una vez aparece representativo del sentimiento religioso; es algo más; es obra de arte a veces; recuerdo arqueológico no pocas; siempre, venerado símbolo que se considera como algo íntimo, algo propio.

Los cruceros gallegos, en la multiplicidad, llevan la mejor demostración de su arraigo en el paisaje. No hay parroquia, por muy pobre que sea, que no cuente con el suyo.

Situados en cruces de *Corredoiras*, a veces al lado de árboles centenarios, siempre formando nota de arte y de sentimiento, invitan a la serena reflexión.

A su amparo se cobijan rapaces y rapazas, para ates-

tiguarse amores eternos y recordar ausencias o esperanzas nuevas de la emigración...

Es obligado reposo de caminante, como es escenario de narraciones y consejas, leyendas y tradiciones, que las *vellas* hilvanan de recuerdos de mocedad y desengaños de madurez, para escarmiento de pillos y aviso de inocentes mozuelas...

No podéis imaginaros el encanto del crucero gallego; de esa piedra a veces centenaria, que recogió las ofrendas de corazones amantes, los reproches de los enamorados, las falsías de los logreros; las lágrimas, en fin, de tanta mujer como llora en Galicia hace siglos la desaparición de su hogar o la esperanza de retorno de los que fueron a dar su jugo al suelo americano.

(Dibujo de Valera de Seijas)

FEDERICO PITA



ALDEANAS GALLEGAS

*(Cuadro de Alvarez de Sotomayor)*



# EL VALOR DE LA MUJER



**L** FEMINISMO CONTEMPORÁNEO, envuelve una reacción frente a injustas postergaciones sociales de la mujer. Como casi todas las reacciones, ésta suele rebasar las fronteras de lo razonable, o, lo que es peor, desviarse de su cauce propio y seguir una trayectoria que la aparta,

lejos de encaminarla, a la meta de sus ideales. El paso por terrenos cenagosos, enturbia la pureza del caudal; sus aguas no fecundizan los terrenos por donde hubieran debido discurrir, y, en definitiva, vienen a acrecer perniciosas corrientes, que fuera de desear quedasen agotadas.

Guiada de amor al hogar, a la sociedad, a la patria y a la religión, VOLUNTAD viene a empuñar una modesta lanza en defensa del castizo feminismo casero, social, español y cristiano.

No se trata de rechazar obcecada y sistemáticamente todo cuanto del extranjero venga. Debemos tener, por el contrario, el espíritu abierto a las corrientes modernas, en tanto respondan a exigencias universales propias de nuestra época y compatibles con la tradición y la realidad españolas.

Lo inadmisibles es que se copien, sin depurarlos y adoptarlos previamente, exotismos inadecuados a nuestra peculiar modalidad, y, por cuya irreflexiva y servil adopción, vengan a volatizarse las esencias fundamentales de la raza, perpetuadas en el alma de la mujer española.

Diríase que el más ferviente empeño del feminismo a usanza, estriba en borrar la línea divisoria de los sexos. La reivindicación de los fueros negados hoy a la mujer, lleva, en efecto, a muchas de sus panegiristas a desconocer las notas específicas de ella, y a convertirla en una caricatura del hombre.

Conviene estar atentos al peligro. No es igualando en absoluto la mujer al hombre, como se la equipara debidamente. Las cualidades específicas del sexo, el plano en que se mueve el espíritu y la visión de la vida son en una y en otro diversos, aunque convergentes. Y es precisamente en esa dualidad donde

puede encontrarse la síntesis suprema de la humanidad y de la vida, partida por Dios en dos mitades que se complementan y vienen a formar un solo todo.

Es inadecuada la palabra femismo para designar un sistema que tiende a masculinizar a la mujer, a hacerla hombruna. Colocada en ese plano, forzosamente ha de resultar la mujer en posición desventajosa; siempre fué la copia inferior al modelo.

La dignificación de la mujer, ha de buscarse por otros caminos. Ha de propugnarse por elevar las cualidades propias de su sexo y de su especial modalidad espiritual y física. Han de otorgársele los derechos que como esposa y como madre le niegan las leyes actuales, infiltradas más bien de los rígidos principios romanos y germanos que no de las esencias sublimes del Cristianismo. Ha de emancipársela económica y civilmente, en forma compatible con la organización familiar, y hacerla copartícipe de la patria potestad. Ha de facilitarse el desenvolvimiento de la actividad femenina, de modo que la mujer se bastee económicamente a sí misma, y no mire el matrimonio como una carrera ni como un asilo. Ha de protegerse eficazmente el trabajo femenino, y reglarlo en armonía con la alta función materna. Ha de reservarse a la mujer un amplísimo radio de acción en el campo social.

En una palabra: es indispensable que la mujer contribuya a marcar el curso de la vida, no ya indirectamente, a través del hombre, sino de modo personal y directo. La historia no debe ser tejida solo por la tosca mano del hombre; la mujer ha de contribuir también a formarla, en toda la riquísima urdimbre y en todas las ansiadas facetas de la vida social. El problema estriba en encontrar la fórmula para que la mujer realice esta obra sin dejar de ser mujer, poniendo en acción las cualidades que la distinguen del hombre, y en las que no ya solo le iguala sino que le supera. Mas, para ello, interesa averiguar previamente en qué reside el valor de la mujer.

Concluía de sus reflexiones un filósofo alemán contemporáneo que el valor del hombre está en el *hacer*. Un hombre, tanto más vale cuanto más produce como sabio, como obrero, como emprendedor o como artífice. En cambio, el valor de la mujer reside en el *ser*.

Una mujer, tanto más vale cuanto más mujer es.

A primera vista, parece esta conclusión inadmisible porque justifica en cierto modo la quietud, el estatismo de la mujer, y excluye de ella el *hacer*, contentándola simplemente con *ser* como la Providencia la hizo, sin que su voluntad actúe ni obre. Desde luego, que esta conclusión no encajaría en los moldes de una revista de acción social.

Pero es que el saber ser mujer, elimina la pasividad y lleva implícita la acción. Saber ser mujer, quiere decir algo más que ser bella muñeca consagrada a la exhibición, no siempre púdica, de sus encantos naturales o de artificio: significa llevar al matrimonio calor de hogar y rociar el corazón del hijo con el manantial de ternura que estimula los sentimientos puros y tuerce las inclinaciones egoístas o malvadas. Saber ser mujer, envuelve llorar con el infortunio ajeno y acudir al consuelo de los que sufren o de los que han menester amorosa ayuda para sus cuerpos o para sus almas...

El pavoroso problema social de nuestro tiempo, tiene tanto o más de lucha de pasiones que de lucha de ideas: odio en los de abajo, egoísmo en los de arriba, indiferencia en los de enmedio, ambición de poseer y de dominar en todos... No puede afirmarse que sea tan solo un problema de Economía; es por cima de eso un problema de Ética. Y para que la Ética sea una cosa viva y su esencia se infiltre en todos, ha de ocupar la mujer un señaladísimo puesto de honor en el ejército social militante.

Capacitar a la mujer para que se baste a sí misma, abriendo a su actividad el camino de profesiones y oficios adecuados a su sexo; atribuírla una misión mucho más amplia y más intensa de la que actualmente desempeña en la educación privada y pública; borrar de la organización civil familiar algunos irritantes privilegios (todos aquellos que son innecesarios para el mantenimiento de la autoridad marital) de que hoy goza el hombre; colocar a la mujer en situación de

que pueda llevar su intuición certera y su sentir depurado a los candentes asuntos sociales...; tal sería, a mi juicio, el arranque inicial de un discreto programa de actuación femenina.

Más todavía que en la detallada puntuación del programa (sujeto en lo que no es fundamental y permanente a la oportunidad del momento) el éxito de la empresa ha de buscarse en la primera materia, que es la mujer.

Inútil sería idear nuevos derroteros y buscar caminos mejores, si la mujer no empieza por colocar su noble espíritu a la altura de tan noble empresa. La mujer ha de ser el elemento activo de su propia dignificación social. Y ello es incompatible con la equívoca frivolidad reinante en un sector, desgraciadamente cada vez más numeroso, de la sociedad en que vivimos.

El problema primero que se presenta a la mujer, es un problema de autoeducación. Precisa, ante todo, que la mujer recupere el señorío de sí misma para poder hablar —como procuraremos, por nuestra parte, hacer en sucesivos artículos— de reivindicaciones femeninas en la vida familiar y en la vida social.

Altamente necesario es que la mujer piense y medite en algo más serio que la moda del vestido o el compás del *foxtrot*; pero no lo es menos que la mujer sienta con hondura y vibre con intensidad. Entonces sabrá poner todo el encanto irresistible de su insinuante espiritualismo al servicio de la noble empresa que ha de llevar a cabo, en mejoramiento de la totalidad, no ya solo de la mitad más delicada y selecta, del género humano.

Que la mujer sepa y quiera ser mujer. Afirmado así su valor, la reivindicación de sus derechos y preeminencias vendrá, por añadidura, al soplo vivificador del alma femenina.

JOSÉ DE YANGUAS MESSIA





# EL SEÑOR OBISPO

(ANTAÑO)



A MEDIADA LA TARDE SUAVE Y MANSO, ESTIVAL,  
Deja el señor Obispo la casa episcopal.  
Sale a dar su paseo con sus dos familiares,  
Que su paso acompañan a sus lentos andares.  
Quedó sobre la mesa el gran librote abierto,  
Que es el señor Obispo historiador experto  
Que sabe tanto *exemplo*, tanto *fecho* glorioso,  
Y que el Padre Mariana fué poco escrupuloso.  
Como deja el palacio siempre a la misma hora,  
Es casi el encontrarle pauta reguladora:  
«¡Que ha pasado el Obispo, ponte chica a barrer!»,  
Advierte sonriendo que grita una mujer.  
Mas el mejor saludo gustado y repetido  
Es el que en la Glorieta le envían desde el nido

En los frondosos árboles los pájaros que pían,  
Y los niños que acuden hacia él y porfían  
Por besar la amatista pastoral del anillo,  
Que un grande caramelo parece al más chiquillo.  
Y ya lejos del pueblo, ganadas las afueras,  
Toma asiento el prelado bajo de unas moreras  
A esperar dulcemente y en plática, el crepúsculo;  
Y cuenta sin reparo, ufano, sin escrúpulo,  
Cuando él era labriego, y de la larva queda  
Asistía al hilado del gusano de seda.  
Y sigue recordando su pasado rural;  
Mas de pronto se calla, pues llega el Magistral  
Que es de noble abolengo y su gran dignidad  
No ve con entusiasmo tan sencilla humildad.  
Solícito pregunta al jefe diocesano  
Por su madre que aún vive en un pueblo cercano;  
Sin decir ruboroso, pues él iba en primera  
con su ama y su Virgilio, y el prelado en tercera,  
Que en el tren fueron juntos, en la última visita  
Que hizo el señor Obispo por ver a la abuelita.  
¡Oh qué dulces encuentros: Estampa de la Biblia,  
Clásicas entrevistas del Santo y la familia,  
Es la filial escena que al Cielo se levanta,  
Pues si ella lo hizo santo el hijo la hace santa!  
Callemos. Anochece. El campanario coro,  
La dulzura del aire, el angelus sonoro,  
Las gentes que regresan a su predio aldeano  
Y en él entran cantando, el portal beleniano,  
El pueblo nocherniego que huele a establo y cena,  
La pareja de novios que sonrío serena,  
La tonada que silba el rapaz descuidado  
A las dulces estrellas que el cielo han emjambrado,  
La canción de las niñas en la vetusta plaza,  
El rumor de la fuente sobre la vieja taza,  
Todo, todo acompaña a su vuelta al prelado  
Que del mal nada sabe y vive confiado  
En medio de esta gracia nazarena y pascual  
Que rodea al antiguo palacio episcopal.  
Por eso cuando todo en él duerme y reposa  
Aparta de su libro la atención fatigosa  
Y a prosternarse llega, con paso vacilante,  
Junto a su blanco lecho, y en el místico instante  
Yo no sé qué belleza, milagro o maravilla  
Transforma su figura tan humana y sencilla.

RAFAEL VILLASECA



## LA CABALLERIA HISTORICA



**H**. Y CUÁN NOBLE Y CUÁN encumbrada fué la idea, que de la Caballería concibieron nuestros mayores!... «*Por ende vos digo que el mayor e más honrado estado es entre los legos la Cavallería... porque los cavalleros son para defender et defienden a los otros...*» Quien así habla es nada menos que aquel glorioso Infante D. Juan Manuel, nieto de San Fernando, señor de villas y ciudades, árbitro, por mucho tiempo, de los reinos de Castilla. Y temeroso, sin duda, de pecar de corto en sus loas, vuelve el Infante los ojos en torno suyo, y no hallando en la tierra cosa más alta que los sacramentos, añade: «*Este estado non puede haver ninguno por sí, si otro non se lo da, e por esto, es como manera de sacramento...*» Pues luego, a fin de que la idea no tenga

visos de atrevimiento, pone en cotejo a la Caballería con el Bautismo, y halla que si «*el Bautismo ha mester el qué lo rescibe, el que lo batea, e las palabras que dicen cuando meten en la persona el agua*», también «*la Cavallería ha mester el señor que da la Cavallería, el cavallero que la rescibe, e la espada con que se face*». Donde bien se ve que no puede decirse más, para ponderar la alteza de una institución humana.

Pero, y la Caballería ¿qué es?... «*Te in nostro collegio gratanter accipio*», decía el rey de Bohemia al Conde de Holanda; cuando en 1247 le armaba caballero: «*te recibo en nuestro colegio*». De manera que, según esto, la Caballería era un estado, una corporación, un colegio, en el que todos los miembros son iguales, en cuanto caballeros, y, por consiguiente, hállanse ligados por los mismos deberes, gozan de los mismos privilegios, la misma dignidad los encumbra. Y para entrar en esta corporación, de precisa necesidad es, a lo que el Infante D. Juan Manuel acaba de

decirnos, no menos que un como sacramento, a semejanza del Bautismo, única puerta por donde se entra en el estado y dignidad de cristiano.

Esto presupuesto, digo ahora, ¿y cuál es el fin de esa corporación de la Caballería?... Pocas palabras bastan para declararle, y declararle por entero. El fin de la Caballería es poner la fuerza física al servicio del derecho. Fin que parece uno, y que, siendo uno como parece, es múltiple, al modo que es una la luz del sol, y con todo ello, innumerables son los vestidos con que se engalana en invierno, en verano, en otoño, en primavera, en las aguas del mar y en los surcos de la tierra, en lo alto de los montes y en lo profundo de los abismos, en las flores de los jardines y en las arenas de los desiertos, en la esterilidad de los polos y en la exuberancia de los trópicos, en el despertar de la aurora, en el reir del mediodía, en el adormecerse del ocaso...

Pues cosa semejante acaece con el fin de la Caballería: es uno y es múltiple con multiplicidad tan rica, que ese poner la fuerza física al servicio del derecho es ensangrentarse en los campos de batalla, es condolerse en las salas de los hospitales, es enlutarse en las casas de las viudas, es asaltar las murallas de los castillos, es defender los caminos de los santuarios, es ponerse en cadenas por los cautivos, es hacer de madre con los huérfanos, es llevar la alegría a las chozas de los pobres, es, en fin, acudir a todas partes, y en todas partes decir: —¡Aquí estoy! ¡aquí estoy, sirviendo de brazo armado a la Justicia! ¡aquí estoy, llevando mi obra a buen suceso!...

Por esta causa, no es maravilla que la bandera, que en todas sus empresas despliega tan gloriosamente la Caballería, sea sobre toda ponderación hermosa: en su fondo blanco, símbolo del casto respeto a la mujer, brilla bordada en oro esta palabra: «*honor*»; campea dibujada con sangre esta otra: «*valor*»...

De aquí viene, que algunos historiadores, deslumbrados, sin duda, por los bermejos resplandores de esa segunda palabra, en oyendo que oyen por tierras de la antigüedad los belicosos pasos del valor, imaginanse oír también los primeros pasos de la Caballería. Y estos la ven, allá, en la India, caminando a la sombra de los victoriosos estandartes de Samah; aquellos la divisan allá, en la Arabia, aprendiendo a manejar las armas entre los valerosos soldados de Saha; los unos la contemplan en Grecia, surgiendo al golpe de la lanza de Aquiles; los otros percibenla en Roma, vagando entre los cimientos aplomados por la mano de Rómulo...

Empero, si bien se mira, ni Roma, ni Grecia, ni la Arabia, ni la India pueden, a la verdad, gloriarse de haber medido la cuna de la Caballería. Porque si cierto es —¿quién lo podrá negar?— que el valor se paseó por los perfumados jardines de la India y las tostadas arenas de la Arabia y los viriles gimnasios de Grecia y los ordenados campamentos de Roma; si cierto es que allí donde puso el valor su pie, hizo brotar de la tierra héroes dignos de la investidura del caballero, no es menos cierto que la Caballería era algo más que escuela de valor, como quiera que formaba un colegio, una corporación, por cuyas puertas no se entraba, sino sujetándose a ciertas y determinadas ceremonias.

La semilla primera de la Caballería brota en la Germania bárbara, sumergida aun en las sombras del gentilismo: desatollase luego, y se extiende por Europa espontánea y vigorosamente con la pujanza de una vegetación salvaje, y, por fin, en los siglos x y xi, es cuando lo que hasta entonces era institución puramente militar, selva inculta y bravía, guarida de bestias feroces, recibe poco a poco de ma-

nos de la Iglesia, la savia del espíritu cristiano, y se transforma en vergel de hermosísimas flores y de árboles frondosísimos, cuya sombra alivia y regala a casi todas las naciones de Europa.

Sigamos al historiador Tácito, si queremos asistir al grandioso cuadro, donde apuntan los primeros albores de la Caballería. Trasladémonos con la imaginación a uno de aquellos oscuros e intrincados bosques, que son el todo para las bárbaras tribus de Germania, pues que allí adoran a sus incultos dioses, allí celebran sus populares asambleas, allí copan a los victoriosos legionarios de Roma...

Es la media noche de un frío día de Marzo... la hora justa en que ha de ser recogido el muérdago sagrado... Allá, en el fondo del bosque, un haz de rayos, que de la luna se descuelgan, filtrase por entre las espesas hojas, iluminando la copa de un árbol vetusto, de cuyas retorcidas ramas penden escudos, dardos, espadas... Es la secular encina consagrada al Dios de la guerra, al sanguinario Teutates...

A su pie, divisase un grupo de hombres sentados en rústicos bancos de madera; hombres altos, fornidos, como los árboles entre cuyos troncos se mecieron sus cunas; hombres de luenga cabellera rubia, teñida de rojo polvo, como si sobre ella hubiera puesto la guerra su mano ensangrentada; hombres de verdosos ojos, de pupila brillante, como el rayo de sol, que penetra en los rincones de sus chozas; hombres, en fin, cubiertos de hirsutas pieles, que parecen comunicarles la ferocidad de los animales de cuyos lomos han sido arrancadas... Esos hombres, no otros, son sino los nobles de la tribu, conviene a saber, los guerreros esforzados, que con la punta de su espada han ido abriendo los caminos a su pueblo, y los ancianos prudentes, que con sus sabios consejos han ido consiguiendo la felicidad de sus gobernados... De mano en mano va pasando un cóncavo y pelado cráneo, lleno de vino, del que todos beben, porque es el símbolo de la fraternidad...

A distancia respetuosa de este imponente grupo, muévase otro grupo más bullicioso, más inquieto, más alegre, el grupo de los jóvenes, que, por su valor, dan prendas de que sabrán pelear y aun morir, sin volver la espalda delante del enemigo.

Súbito, hiende los aires un áspero silbido, que parte del primer grupo, y, en escuchándole, adelántanse uno a uno los jóvenes desarmados, y reciben de manos del caudillo el escudo y la espada de dos filos.

El ruido de sus firmes pasos, no parece sino el eco de un juramento, el juramento de morir antes que rendir esa espada, que se les ha entregado... Las ramas de los árboles del bosque, agitadas por el viento, semejan entonar con su salvaje murmullo este himno, el más halagüeño para los nuevos soldados: «¡Ya sois guerreros! ¡ya no os quedaréis durante las batallas, con las mujeres y los niños, guardando los carros, casas móviles de vuestros pueblos nómadas! ¡ya empuñáis el acero, destinado quizá a cortar las alas del águila romana!...

*Vestigium creandi equites* —escribe el docto comendador de Tácito, Justo Lipsio— «esta solemne entrega de las armas es la primera huella de la Caballería».

Y este ceremonial, primitivo y rudo y puramente militar, pasa de los bosques germánicos a los castillos feudales, y aun a las Cortes de los mismos reyes y emperadores, como se ve en el caso de Carlo-Magno, cuando en 791, ciñe solemnemente la espada a su hijo Ludovico Pio, y en el de Ludovico Pio, que, a su vez, años más tarde, ciñe a su hijo Carlos *armis virilibus* «las armas del guerrero», que es decir la espada. Y ninguna diferencia existe entre el ceremonial de los bárbaros germanos y el de los emperadores

francos; en los bosques y en los alcázares, la espada, símbolo del valor y de la fuerza, hace al caballero.

Empero, a fin de ver a las claras cómo la Caballería no es aún más que una institución por entero militar, sin otras aspiraciones que derrotar enemigos, rendir ciudades y derramar sangre, consideremos las ceremonias, que, andando el tiempo, se añaden a la entrega de la espada.

¡*Sé valiente!* He ahí la recomendación suprema, que se hace al candidato en el momento mismo de conferirle la orden de la Caballería. Y sobre esta, agrégase otra recomendación, no de palabra, más de hecho, y, por consiguiente, mucho más expresiva, conviene a saber, la pescozada, lo que llama un cronista *alapa militaris* «el bofetón militar».

La cual pescozada, símbolo brutal, que, ya signifique, según el parecer de unos, un como probar la resistencia física del caballero; ya, según la opinión de otros, un como darle a entender que es la postrera vez que debe aguantar una injuria, pues que de allí adelante espada lleva al cinto para ejercitar la venganza, esa pescozada, digo, ¿qué viene a ser en último término, sino un decir al caballero: —¡Eres el más fuerte! atrévete a todo?...

Y se atrevían a todo... ¡Oh, por desgracia, ni aun sombra de exageración hay en aquel retrato de un caballero medioeval, que dibujó, con mano maestra, un poeta moderno, en estos hermosos versos:

Desde su escarpada roca  
baja al indefenso llano,  
con el acero en la mano  
y la blasfemia en la boca.  
Excita con rabia loca  
el ardor de su mesnada,  
y no cesa la algarada,

con que a los pueblos castiga,  
sino cuando se fatiga  
más que su brazo, su espada...

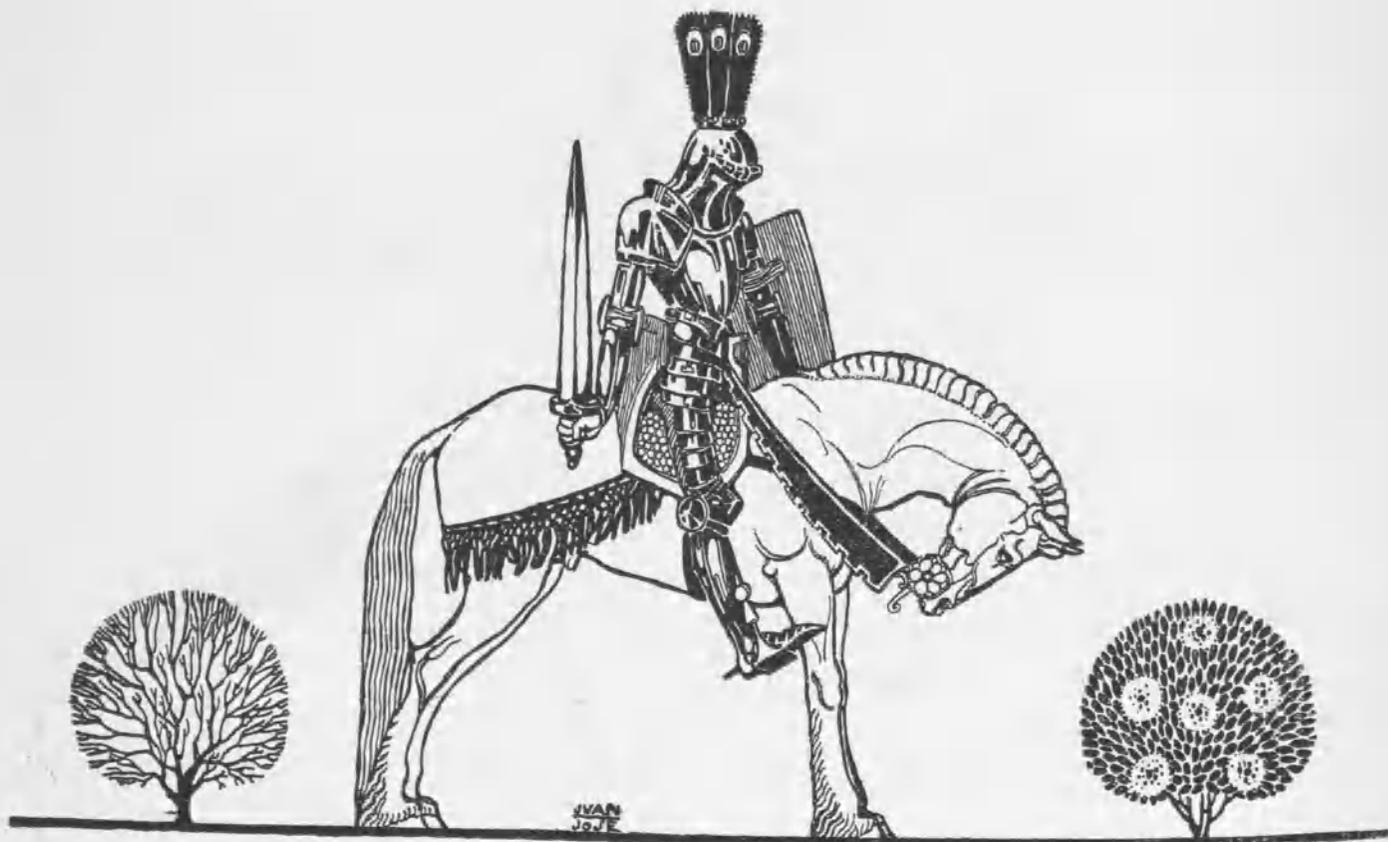
Retrato es este, que parece subido de colores, y con todo ello, junto a los cuadros, que la historia nos enseña, palidece...

—¡Plantad mi tienda en medio de la iglesia!... ¡Mullid mi lecho delante del altar!... ¡Colocad a mis azores en los brazos del crucifijo de oro!... ¡Prended fuego al convento! ¡Pasad al filo de la espada a las mujeres!... Así azuza a sus mesnaderos un caballero, mas un caballero de la décima centuria, Raoul de Cambray. Y llega al convento de Origni, y le entrega a las llamas, y a las pobres indefensas religiosas, dales muerte dos veces infame, por sacrilega y por alevosa...

¿Y a qué multiplicar ejemplos... que chorrean sangre?... A qué citar al caballero de Besgue, que en lucha con dos hermanos, atraviesa al uno con su espada, y luego sácale el corazón, y palpitante todavía arrójale a la cara del otro gritándole: —¡Asale y cómele!...— ¡Oh, cuán corto quedó el poeta, cuando hablando de este linaje de caballeros, exclama: —¡Su corazón era de hierro, como su armadura!... Tengo para mí, que allí no había corazón, ni siquiera de hierro.

Por todo lo hasta aquí expuesto bien se infiere, que la Caballería no era por aquel entonces sino la fuerza física armada de un diploma, para desatarse y arrollar cuanto por delante le pusieran la tierra y el cielo... Aquel *sé valiente* de su ceremoniosa investidura, sólo significaba ¡sé el más fuerte!... ¡sé el huracán que derriba! ¡sé el fuego que devora! ¡sé la muerte que no perdona!

José MARIA SANZ Y ALDAZ





# LA CUMBRE MÍSTICA

## XII

LA REHABILITACION DEL ENTENDIMIENTO ◊ «TEMPLA SERENA» ◊ LA UNIDAD ESPIRITUAL ◊ LAS PARADOJAS DEL SUBJETIVISMO ◊ PARTIDAS DE AJEDREZ ◊



REHABILITAR LA INTELIGENCIA, reconocer su dignidad y señorío en la suprema dirección de la vida; restituir a la razón su autoridad y magisterio en punto al gobierno de los hombres, ha venido a ser una misión reparadora y urgente, más necesaria hoy que nunca, para salir al paso de esas tendencias subjetivistas, de esos *misticismos* ensoñadores y

enervantes que al edificarlo todo sobre el sentimiento individual o en la penumbra de los estados inconscientes, fuera de la realidad objetiva y de la gracia de Dios concluyen por caer en los tajos del más absurdo y tenebroso empirismo.

Pero al emprender una restauración de la inteligencia conviene señalar cuidadosamente sus funciones y sus límites, para no endiosarla de nuevo, para no recaer en aquellos sistemas del Idealismo absoluto, en aquellas geometrías intelectuales de antaño, cuyas últimas consecuencias fueron, por reacción natural, el realismo y el subjetivismo de hogaño. No en balde los tiempos son otros, y la crítica de la Razón Pura (en medio de sus paradojas y extravíos)

así como las investigaciones de la Psicología experimental, han dado al fin no pocos frutos y luces, aún en el orden superior de la Filosofía cristiana.

Sólo en la armoniosa unidad de esta perenne Filosofía torna la razón a recobrar sus derechos, sin mengua de las otras virtudes y capacidades del hombre; sólo en los templos serenos de la sabiduría católica se unen y conciertan la razón, el sentimiento y la voluntad, las complejas funciones del espíritu, los fueros del conocer, del sentir y del querer; sólo aquí se ajustan y coinciden las verdades científicas y las certidumbres filosóficas, los resultados de la intuición y del discurso, del laboratorio y del aula, de la ciencia pura y de la ciencia experimental; sólo aquí, como en el orden de la naturaleza, la diferenciación se convierte en unidad; la variedad en asociación, la complejidad en congruencia y sencillez; sólo aquí, finalmente, se zanján los conflictos dramáticos del pensamiento y de la vida, del mundo interior y el exterior, de lo temporal y lo eterno...

Así los pensadores cristianos, al determinar cuidadosamente la acción y los límites de la inteligencia, procuran con igual solicitud no perder de vista el conjunto psicológico, la vida total del espíritu; pues uno de los errores que más señaladamente contribuyen a oscurecer estos problemas y hacer irreductibles sus términos, es el de hurtarlos al testimonio de la conciencia individual, abstraer y escindir arbitrariamente las facultades del alma y sus funciones,

considerarlas como elementos distintos, solitarios y antagónicos, sin el encaje, la fusión y armonía con que se influyen y obran en la experiencia. Bien está discernir y separar nuestras facultades para conocer científicamente sus virtudes y sus actos; pero no se olvide, como suelen, y es linda paradoja, los propios enemigos de abstraer, que entre la inteligencia, la voluntad y el sentimiento hay una profunda concordancia, una mutua penetración, como la hay entre el mundo subjetivo y el objetivo, entre la realidad sensible y las representaciones íntimas.

El entendimiento es el órgano superior del saber, pero el entendimiento no está inmóvil, separado y esquivo, como una torre de marfil sobre la cumbre del alma, ni siquiera como en rey en su trono, mas semejante al lector de una comunidad o república. Y todas sus operaciones, lo mismo que las del querer y el sentir, son tan complejas, tan misteriosas y activas como el alma, que es a su vez complicación y movimiento, bulla, muchedumbre, oleaje, dentro de la unidad de la conciencia, del ser idéntico y simple que en nosotros siente, que en nosotros quiere, que en nosotros conoce.

No se puede negar —decía Balmes— que observamos en nuestro interior afecciones, operaciones muy diferentes entre sí, que nacen de distintos objetos y producen resultados muy diversos también; esto induce a establecer distinción de facultades y a separar en cierto modo sus funciones, para que no se mezclen y confundan. Pero tampoco es discutible que todas esas operaciones y afecciones del alma se ligan en un centro común; lo atestigua la conciencia. Ella nos dice que es uno mismo el ser que piensa y vive, que intuye y razona, que quiere y hace, que siente y sufre; ella nos manifiesta la íntima relación en que se hallan todos los actos psicológicos. Instantáneamente reflexionamos sobre la impresión sentida, instantáneamente experimentamos una sensación, agradable o ingrata a consecuencia de una reflexión que nos ocurre; pensamos sobre la voluntad; queremos o rechazamos el objeto del pensamiento; hay dentro de nosotros un hervor de fenómenos que se enlazan, se modifican, se producen, se reproducen, influyendo los unos sobre los otros, en comunicación incesante. De todos tenemos conciencia, todos están en un campo común, en ese yo que es la más clara y segura de todas las experiencias. ¿Qué necesidad hay, pues, de fingir intermediarios para poner en comunicación las facultades del alma? ¿Por qué su actividad, el entendimiento, no podrá ocuparse inmediatamente de las afecciones y representaciones sensibles, de cuanto hay dentro y fuera de su conciencia? Supuesto que esa conciencia, en su indivisible unidad, comprende toda la multitud de los fenómenos internos, no alcanzo por qué la actividad intelectual del alma no puede referirse a todo cuanto encierra de activo o de receptivo...

¿Qué diferencia de este profundo discurrir, tan diáfano y luminoso, tan lleno de experiencias e intuiciones, a las

filosofías alambicadas y obtusas de muchos pensadores modernos! ¿Qué diferencia de esa armoniosa concepción de nuestras facultades, tan cabal, tan realista y española, al falso concepto que de los fenómenos interiores tienen los enemigos de la razón y de la fe!

Y aún la nueva Escolástica suele ampliar los horizontes de la psicología más allá de los límites donde brilla la luz de la conciencia; el espíritu humano se ensancha y hunde sus raíces en la inconciencia al modo de los apéndices y axones con que las células nerviosas se ramifican y expanden hasta lo más íntimo y oscuro de las entrañas.

Así como para facilitar el estudio se dividen las ciencias, por el objeto particular de cada una, y la filosofía, que en otros siglos era un saber enciclopédico, se emancipó de sus hermanas y hoy se bifurca también, no sólo por sus fines sino aún por sus métodos, como lo prueba la psicología experimental, lo que no quiere decir que se aislen ni alejen sus fines comunes y universales, así para clasificar y discernir las muchas y complejas operaciones del alma se consideran sus dominios de actividad como zonas distintas y a veces como aisladas y antagónicas. Ello es fecundo en teoría pero se opone a la experiencia, sobre todo cuando por abstraer radicalmente funciones y facultades se las convierte en marcos rígidos e inmóviles, opuestos al hervoroso dinamismo de la vida espiritual. ¿Qué otra cosa hace Bergson, él tan enemigo de los conceptos inflexibles y duros, cuando compara la inteligencia a «un núcleo sólido formado por vía de condensación» y supone que «se ha desprendido de una realidad más vasta sin que entre las dos haya una cortadura neta sino una especie de franja que recuerda su origen»? ¿Quién pensará que el hombre que dice así, lejos de ser un catedrático de geología que enseña a sus alumnos un fósil, un pedernal, es el filósofo de la intuición que nos habla de la inteligencia?

Precisamente por separar y escindir de un modo arbitrario las facultades humanas y hacer de nuestra admirable psicología como un tablero de ajedrez donde los fenómenos intelectuales, voluntarios y sensitivos son como piezas de marfil, que todos los sofistas pueden manejar a su gusto, vemos surgir y caer esos castillos en el aire, todos esos sistemas filosóficos, todas esas partidas de ajedrez capaces de agotar la paciencia de los hombres y el crédito de la metafísica. Tan pronto exigen por reína a la razón como la colman de injurias: unos ponen la voluntad como el eje y sustancia del mundo; dan otros la corona al sentimiento, y agotados al fin los reyes, los alfiles, los caballos, las torres, no falta quien busque el más humilde peón, el instinto, y encuentre en los últimos escaques las más directas prolongaciones de la actividad creadora, el impulso organizador de la vida, el *deus ex machina* del universo. Y esto sí que se llama dar jaque-mate al rey de la Creación. Ya dijo el buen Leibnitz, a fuer de optimista, que el ajedrez es una ciencia...

RICARDO LEON



# LA EXALTACION DE LA CRUZ

14 DE SEPTIEMBRE

*Del Kenosis. — Tratado II, Capítulo XII. —  
Del Camino Real de la Santa Cruz. (Fragmento)*



**E**STA PALABRA PARECE DURA A MUCHOS, QUE DICE: NIEGATE A TI MISMO y toma tu cruz, y sigue a Jesús. Mas, muy más duro será oír aquella postrera palabra: ¡Apartaos de mí, malditos, en el fuego eterno! Por cierto los que ahora oyen y siguen de buena voluntad la palabra de la cruz, no temerán entonces oír la palabra de la eterna condenación. La señal de la cruz estará en el cielo cuando Nuestro Señor vendrá a juzgar. Entonces todos los siervos de la cruz, que se conformaron en la vida con Jesucristo crucificado, se llegarán a El con gran confianza.

Pues así es, ¿por qué temes tomar la cruz, por la cual van al reino? En la cruz es la salud y la vida. En la cruz es la defensa de los enemigos. En la cruz está la infusión de la suavidad Soberana. En la cruz es la fortaleza del corazón. En la cruz está el gozo del espíritu. En la cruz está la suma virtud. En la cruz está la perfección de la santidad. No está la salud del alma ni la esperanza de la vida eterna sino en la cruz. Toma, pues, la cruz y sigue a Jesucristo, e irás a la vida eterna. El vino primero, y llevó su cruz, y murió en la cruz por tí, porque tú también la lleves y desees morir en ella. Porque si murieres juntamente con El, vivirás con El. Y si fueres compañero de la pena, serlo has también de la gloria.

Mira que todo está en la cruz, todo está en morir en ella. Y no hay otra vía para la vida y para la verdadera y entrañable paz, sino la vía de la santa cruz y continua mortificación. Ve donde quisieres, que no hallarás más alto camino en lo alto, ni más seguro en lo bajo. Dispón y ordena todas las cosas según tu parecer y querer, que no hallarás si no que has de padecer algo por fuerza o de grado. Y así siempre hallarás la cruz. O sentirás dolor en el cuerpo, o tribulación en el espíritu. A veces te dejará Dios, a veces te perseguirá el prójimo.

Y lo que peor es, muchas veces te descontentarás a ti mismo, y no serás aliviado con ningún remedio ni consuelo: mas conviene que sufras hasta cuando Dios quisiere: porque quiere Dios que aprendas a sufrir la tribulación sin consuelo y que te sujetes del todo a El y te hagas más humilde con la tribulación. Ninguno siente así, de corazón, la pasión de Cristo, como aquel a quien ocaece sufrir cosas semejantes. Así que la cruz siempre está aparejada, y te espera en cualquier lugar. No puedes huir dondequier que fueres: porque por más que huyas, llevas a ti contigo y siempre hallarás a ti mismo.

Vuélvete arriba, vuélvete abajo, de dentro y de fuera, que en todo hallarás la cruz: y es muy necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior y merecer perpetua corona.

Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado, a donde será el fin del padecer, aunque aquí no lo sea. Si contra tu voluntad la llevas, cárgate y hécete más pesado: y todavía conviene que la sufras. Si desechas una cruz, sin duda hallarás otra, y puede ser más grave.

¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo? ¿Quién de los santos fué en el mundo sin cruz? Nuestro Señor Jesucristo por cierto en cuanto vivió no estuvo una hora sin dolor de pasión. Porque convenía que Cristo padeciese y resucitase de los muertos, y así entrar en su gloria. Pues ¿cómo buscas tú otro camino sino este camino real de la santa cruz?

Toda la vida de Cristo fué cruz y martirio, y tú ¿buscas para ti holganza y gozo? Yer as, yerras, si buscas otra cosa sino sufrir tribulaciones: porque toda vida mortal está señalada de cruces, y cuanto más altamente alguno aprovechar en el espíritu tanto más graves cruces hallará muchas veces: porque la pena de destierro crece más por el amor.

Mas este tal así afligido de tantas maneras no está sin el remedio de la consolación; porque siente el gran fruto que le crece por llevar su cruz. Porque cuanto más se sujeta a la cruz de su voluntad, tanto más la carga de la tribulación se convierte en confianza de la divina consolación. Y cuanto más se quebranta la carne para la tribulación, tanto más se esfuerza el espíritu por la interior consolación. Y algunas veces tanto es confortado del afecto de la tribulación y adversidad por el amor de la conformidad de la cruz de Cristo que no quiera estar sin dolor y tribulación: porque se tiene por más acepto a Dios, cuanto más y más graves cosas pudiere sufrir por El. Esto no es virtud humana, sino gracia de Jesucristo que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo acometa y ame con fervor de espíritu.

No es según la humanidad llevar la cruz, amar la cruz, y castigar el cuerpo, y ponerlo en servidumbre, unir las sombras, sufrir de grado las injurias, despreciarse a sí mismo y desear ser despreciado, y sufrir toda cosa adversa con daño, y no desear cosa de prosperidad en este mundo. Y si mirás a ti no podrás por tí cosa alguna de estas; mas si confías en Dios, El te dará fortaleza del cielo y hará que te obedezca el mundo y la carne, y no temerás al Diablo si fueres armado de fe y señalado de la cruz de Jesucristo.

Aparéjate, pues, como bueno y fiel siervo de Cristo a llevar con esfuerzo la cruz de tu Señor, crucificado por tu amor. Aparéjate a sufrir muchas adversidades y diversos daños en esta miserable vida y así será contigo Jesús dondequiera que fueres, y de verdad que halles a Jesús dondequiera que te escondieras. Así te conviene, y no hay otro remedio para escapar el dolor y la tribulación de los males, sino sufrir. Bebe con deseo el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo, haber parte con El. Encomienda a Dios las consolaciones, y haga su Divina Majestad lo que más le plugiere. Y tú dispón tu voluntad a sufrir las tribulaciones y estimarlas por grandes consolaciones: porque no son condignas las pasiones de este tiempo para merecer la gloria venidera que se revelará y descubrirá en nosotros aunque no sólo pudieses sufrirlas todas.



# AROMAS DE ANTANO

## UNA CONVERSION EJEMPLAR



**L**S EVIDENTE QUE LOS HECHOS que a diario acontecen en la vida, son reproducción de otros que hubieron de acaecer en pasados tiempos, porque el libro de la Humanidad, si quiere mirarse sin pasión, tiene un número limitado de paisajes, y como son pocos para una obra tan vasta en que las páginas son períodos y los capítulos siglos, necesariamente han de repetirse en el fondo, aunque varíen un poco la forma.

Traigo tan por los pelos esta sentencia, al caso que habrá poco presenciaron los viandantes de una de las calles más céntricas de esta Villa y Corte.

Fué aquél en que un representante del pueblo, sacado de la más humilde condición para ocupar un lugar en el Parlamento, apaleó bárbaramente a uno de los que contribuyeron a su encumbramiento, por el venial delito de haberle salpicado inadvertidamente los flamantes pantalones con el instrumento de un bajo menester, que es la escoba.

Por cierto que el desmán del señor diputado, a ciencia y paciencia de los que le tienen encomendada

su representación, ha caído en el más piadoso de los perdones. ¡Oh, raza sufrida y cristiana que tan mansamente cumple con aquel divino precepto que manda perdonar las injurias!

¿Quién que haya tenido noticia de este suceso no ha venido en recordar aquel otro análogo, que trajo por fin nada menos que la conquista de un alma bairal para el reino de Dios, donde asisten los bienaventurados como insignes magnates de su corte?

Me refiero a la conversión de un hidalgo tan amigo de las cosas y vanidades del siglo como D. Bernardino de Obregón.

Pero en lugar de referírtela por mi propia cuenta pienso, bella lectora o amable lector, que más acertaré con hacerte traslado de una vieja epístola, que duerme entre el farrago de mis papeles, y en la que se hace sucinta mención del peregrino caso.

Dice de esta suerte:

«Siempre parecen de mucha edificación para el alma pecadora y de grande consuelo para las tribulaciones del espíritu atormentado, los capítulos piadosos que hablan de las grandes conquistas en las banderas siempre gloriosas de Jesús.

»Vuestra excelencia, como bueno de pensamiento y limpio de corazón, me pide que le refiera altas empresas de este jaez, y yo siempre que la quebradiza memoria me lo consiente hallo mucho gusto en poderle satisfacer.

»Sepa, señor, que habiendo sido este siervo del Altísimo de quien hoy quiero hablarte, cicatero y puntilloso, espumilla de los lindos de su tiempo, es hoy muy alto ejemplo de santidad y mansedumbre.

»Era el Sr. D. Bernardino de Obregón, secretario y ayudante de D. Gonzalo Fernández de Córdoba, Duque de Sessa.

»Una cierta mañana, muy bizarro y limpio, henchido en terciopelos y cuajado en randas bajaba nuestro D. Bernardino por la calle que dicen de las Postas, a desembocar en las *Gradas* de San Felipe, mentidero de la Corte, cuando uno de estos pobretes que curan de la limpieza de las calles salpicóle con la escoba sin advertirlo. Indignése su merced más de cuanto pudiera pensarse, mirando lo que lucía como gasa y aderezo de la persona trocado en una pura hediondez, y sin ser dueño de sí cerró contra el atolondrado mozo moliéndole a golpes.

»Cuando los testigos del suceso pensaban que el castigado devolviera la ofensa por la misma vía, he aquí, mi señor y dueño (y medite con todas las potencias de su alma en tan ejemplar humillación), que, destocándose el mugriento chapío fué a postrarse ante

el iracundo caballero y a darle las gracias porque se dignó de castigarle una falta de su oficio.

»Asombrado y confuso en tal manera quedó el impulsivo prócer, que abriéndole Nuestro Señor los ojos a la verdad, comenzó a ver claro y advirtió cuán vano y desatentado era que estando aquel hombre humilde, por desaseo y porquería de todos, recogiendo lo que los demás tiraban, sin poder curarse de las barre-duras del espíritu, aun llegábase él a maltratarle por una basurilla, sin acordarse de que más habría de ser su cuerpo en cuanto le faltase la vida, y cayó confuso y arrepentido a los pies del paciente barrendero, le abrazó como a hermano, dióle paz en el rostro y le pidió perdón.»

\* \* \*

«Cabizbajo y mohíno, sin atender para nada a ojos femeninos ni a saludos de nobles y honradas gentes, tomó de nuevo el camino de su posada y, llegado que hubo a ella, resolvió con toda firmeza vivir por entero como los pobres más humildes y para la miseria más desgraciada.

»Vendió cuanto había, para atender con el producto a los hidalgos de la roña y príncipes de la lepra, retirándose luego al hospital que llaman de Corte.

»Por los años de 1579, fundó el hospital de Convalecientes que dió nombre a la calle donde está situado.

»Tan humanitario y piadoso establecimiento tengo para mí que es el mejor y más intenso capítulo de la vida ejemplar de este bienaventurado y, por último, la santa hermandad o cofradía de los *Hermanos Obregones*, que no le va en zaga al hospital ya dicho, pues que han la humanitaria y nobilísima penitencia de repartirse por todos los hospitales de España el cuidado de los enfermos.

»El cuerpo de este venerable siervo de Dios yace en la iglesia del Hospital General de esta Villa y Corte de Madrid, donde toda alma que para bien del prójimo florezca en el frondoso huerto de la Caridad, será bien que le rece un *Padrenuestro* cada día o le ofrezca una misa.

»Hágalo vuecelencia de esta suerte y cuando le llegue su hora mortal (¡plegue a Dios que aún esté muy lejano!), sabrá agradecérselo nuestro patriarca»...

\* \* \*

Por el hallazgo y traslado del papel, tal y como hubo de ser escrito por una mano piadosa y recoleta,

DIEGO SAN JOSE

(Dibujo de Loigorry).





# SOR MARIA DEL OLVIDO

DIARIO DE UNA HERMANA DE LA MISERICORDIA

*Hospital del Socorro, 20 Agosto*

I



LABADO SEA DIOS!

Ya no grita el pobre angelín del número tres. Ya no se levanta en su camita intentando saltar de ella, huir de la hermana Soledad y de mí, cual acosado por medrosas visiones. ¿Verá algo, terrible en realidad,

o son sus delirios los que ponen en su mente fantasmas?

Acaso la enfermedad acortando la distancia entre la vida y la muerte, descubre algo del misterio del otro mundo, ¿y ese niño lloraba espantado de él? No; luz, sólo luz en la presencia del Señor hallarán las criaturitas al partir...

Me zumban los oídos y me duele el corazón después de tantas horas de angustia. Tres días ha bregado el pobrecillo con el mal agonizando ¡y Dios le ha devuelto la vida! Dicen

los practicantes que fué la medicina del doctor Tolosa Latour quien lo salvó... Dios y ese bondadosísimo doctor que tanto hizo por la infancia en todas partes. Parecía un Apóstol.

El pequeñuelo llamaba a su madre y el doctor, con dulzura, le hablaba de ella...

El me puso el nene en brazos y se fué tranquilizando... Cerró los ojos... ¡Jesús! Creí que se quedaba muerto en mi regazo, pero no, se dormía. La meningitis había hecho crisis y el pobretín no se iba, se quedaba aquí, del lado de acá con nosotros los afligidos.

Aún murmuró sonriendo «mama, mama» y puso su manita en mi mano. Su madre, ¡qué había de venir la infeliz! En otra cama de hospital la tiene el amor —llaman a eso amor— del marido celoso que la apuñaló cuando ella huía de la navaja con el niño en brazos.

Dejé al angelín casi sin moverme en su camita, que no tiene compañera, pues las otras cinco están en la desinfección... (han muerto en ellas los enfermitos) y la hermana Soledad quedó al cuidado del enfermito.

He terminado mi guardia, estoy en vela hace treinta horas y debo recogerme, pero me siento agitada y con deseos —estos no me faltan nunca— de escribir a Sor Gracia, madre reverenda, según me ordenó.

Hallóme desvelada, intranquila y le disgustarán mis confidencias, esta confesión de mis impresiones y mis sentimientos que su bondad me impuso, para aplicar el remedio de su consejo a mi desordenado espíritu.

Procuró ir venciendo mis enemigos; la rebeldía de juicio, la impetuosidad y aquel dolor de desengaño, que me descubrió la perfidia y la traición de los hombres.

Sólo Dios es el bien y el consuelo y sólo de El espero la gracia de que guíe mi pobre vida en la senda del sacrificio; del olvido de mí misma por amor de los enfermos, de los abandonados, de cuantos sufren y merecen ser consolados.

Todas, todas las infelices criaturas merecen ser socorridas ¿verdad, madre? Los dolientes, los asesinos, los ateos y los anormales... Cuando pienso en la inmensidad de los sufrimientos humanos, en los errores y los vicios que inducen a la culpa y a la degradación, quisiera tener cien vidas, ser cien yo para hallarme al mismo tiempo en este hospital y en otros, en las cárceles, en los manicomios,

hasta en las fábricas, madre, donde hierven los descontentos que estallarán como incendio terrible... Quisiera... Perdona mis resabios de alma indómita, y crea que voy pasito a pasito apagando el fuego de mi carácter para que la impetuosidad sea enfrenada por el dominio interior y regularizada la voluntad por la obediencia.

Voy pasando los primeros meses de mi noviciado y aunque ya amortajo a los difuntos y los velo sola, y los médicos me reclaman en las operaciones difíciles, no estoy contenta de mí, madre superiora, que me falta mucho aún, prosternarme humillada, muda, inerte en la paz de la Fé, y aniquilada la inquietud del corazón que se atreve a investigar las causas del sufrimiento. Me falta mucho aún para adorar a Dios en el propio dolor y en el dolor de mis semejantes.

Cada latido de mi corazón interroga al cielo el por qué del sufrimiento de los niños... La razón de las catástrofes colectivas de la guerra, de los terremotos, de los naufragios, de la peste... Tantas vidas inocentes... tantos espantosos tormentos... ¿Ve, madre, qué indómito es mi pensamiento?

Hay en mi alma, en lo más íntimo de mí ser una fibra que duele siempre, que es como la herida de cada criatura abierta a la vez dentro de mí... Es el tormento de cada uno y de todos los hombres el que yo siento incesantemente desgarrando mis carnes y lacerando mi alma. Un día feliz, aquel en que me prometí esposa del hombre que amé más que todo en el mundo, le dí gracias a Dios de tanta dicha; del contento y la reconciliación entre nuestras familias enemigas durante muchísimos años. Nuestra boda volvía a unirnos y esto era dulcísimo augurio para nuestro porvenir. Penetré en la capilla de la casona centenaria donde nació. Nunca entrará la luz otoñal hasta el altar con tan cálidos y sutiles tonos. A los pies de la Virgen, rosas y jazmines, ofrendaban sus aromas al sagrario, y en la altura, Cristo en la cruz, nos miraba muriendo. Mi alma, absorta en aquella mirada, tembló con el dolor del crucificado y presintió las penas de sus criaturas y la pena propia. Mi felicidad —tan inmensa que me parecía estrecha, mezquina mi existencia entera para contenerla—, me dió miedo... Comprendí que la felicidad hay que merecerla y recibirla como merced que ha

de agradecerse con el voto de las buenas acciones y de la oración por vivos y muertos...

Me hundí en una plegaria de gracia y de súplica ardiente.

—Señor —imploré— concédeme en mi felicidad el deseo de buscar a los hambrientos dándoles mi pan. Otórgame la gracia de las lágrimas... La gracia de llorar con los que lloran y de aliviarles...

El Señor me dió lágrimas para mis desventuras y las ajenas, pero ahora, en estos meses de mi noviciado, ya no lloro...; el manantial amargo parece seco. Mejor es así, pues, viviendo con enfermos y tristes hay que sonreírles, hay que conservar la serenidad que les inspira calma y confianza...

¡Oh! madre reverendísima, ayúdeme con sus confortaciones. Me parece por momentos que no sirven para nada, que es baldío mi afán

de curar, de socorrer a los pobrecitos... Siempre llegan nuevos... se mueren tantos, vienen más... más...

¡Si yo pudiera sanar un cuerpo incurable, socorrer las miserias que entran en esta casa, salvar un alma abandonada! ¡Si yo pudiera ir por el mundo uncida por la gracia de Dios para consolar a los tristes!

Oigo llorar al pequeñín.

Pide de comer y quiere jugar con el rosario de la hermana Soledad que se lo guarda malhumorada. En la sala de las mendigas la viejecita ciega se muere. Me llama; vamos a viaticarla...

¡Señor, haz breve su tránsito!

SOFÍA CASANOVA

(Dibujos de Ochoa).

(Continuará)

